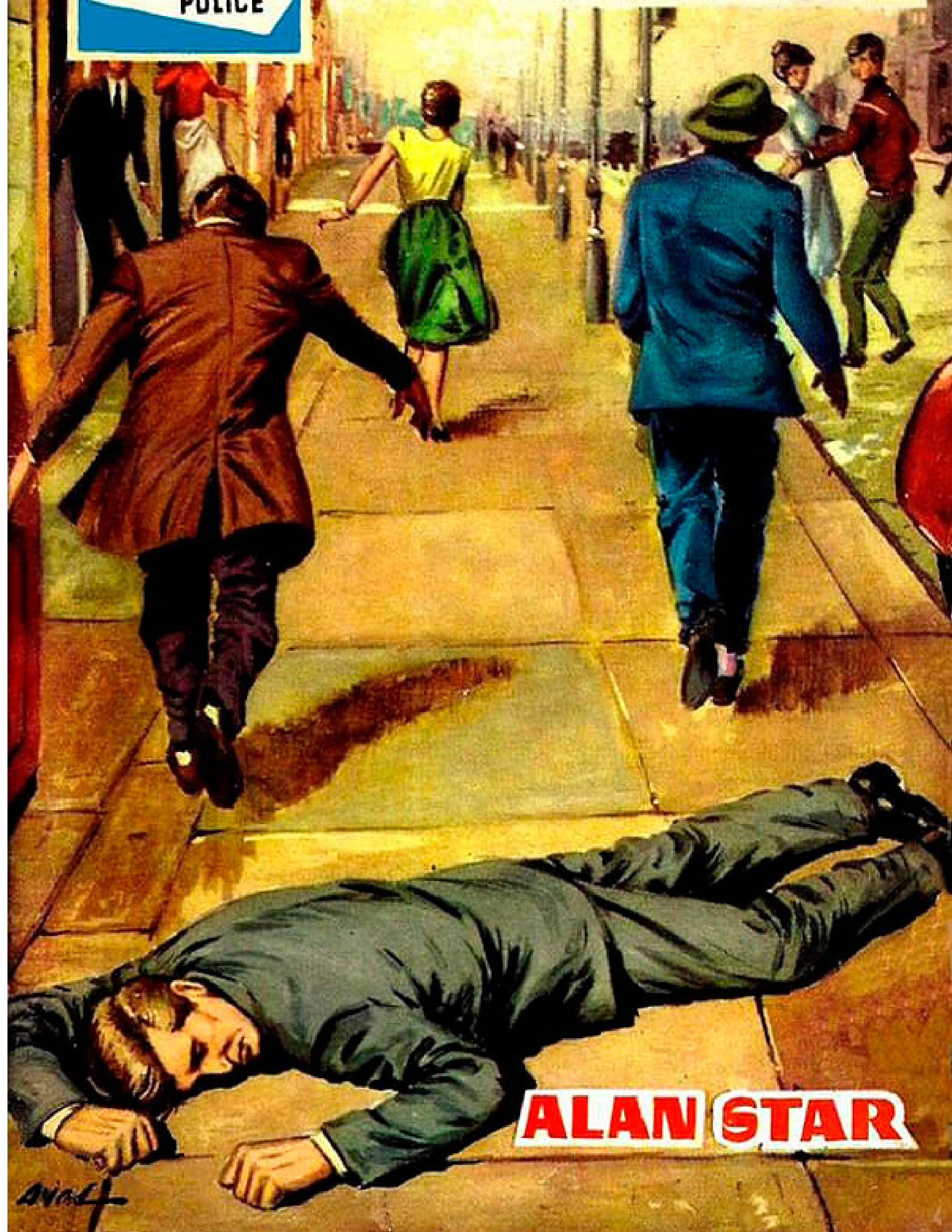

S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE
AGENTE ESPACIAL
ALAN STAR

AGENTE ESPACIAL

Bolsilibros - S.I.P. (Spacial International Police) N.º 23

¿Contento, comandante?

Harold Arnett se pasó la mano por la sien derecha, donde los cabellos plateaban ya con intensidad.

Sí, estaba contento. ¿Para qué negarlo?

De todas las naves de la línea, Venus-Tierra, la suya, el «Spacius», era, sin ningún género de dudas, la preferida para los viajes de las más importantes fortunas de ambos planetas. Había ya quien la había puesto el sobrenombre de «Real» y hasta «Imperial».

Y no eran exageraciones.

El «Spacius», hermano gemelo del «Monitor», superaba a éste por la «clase» de su pasaje, por la calidad de las personas que lo elegían.

Por todo.

Título Original: *Agente Espacial*

Colección: S.I.P. (Spacial International Police)
UUID: abbd755b-a78e-4fad-bd92-ce2de2510cd3
Generado con: QualityEbook v0.84

AGENTE ESPACIAL




AGENTE
ESPACIAL

CAPÍTULO PRIMERO

ONTENTO, comandante?

Harold Arnett se pasó la mano por la sien derecha, donde los cabellos plateaban ya con intensidad.

Sí, estaba contento. ¿Para qué negarlo?

De todas las naves de la línea, Venus-Tierra, la suya, el «Spacius», era, sin ningún género de dudas, la preferida para los viajes de las más importantes fortunas de ambos planetas. Había ya quien la había puesto el sobrenombre de «Real» y hasta «Imperial».

Y no eran exageraciones.

El «Spacius», hermano gemelo del «Monitor», superaba a éste por la «clase» de su pasaje, por la calidad de las personas que lo elegían.

Por todo.

Desde donde estaba, junto al detective de la nave, Noel Rusell, dominaba el salón en el que la fiesta se desarrollaba: una fiesta que no hubiera estado mejor enmarcada en ningún hotel de la Tierra, por elegante y suntuoso que hubiera sido éste.

—¿No es estupendo? —inquirió.

—Sí, comandante: es un espectáculo digno de ser visto… sobre todo por los ojos de unos ladrones.

Harold sonrió. Después dijo sonriente.

—¡Dichosa deformación profesional, amigo mío! No ve usted más que ladrones y pillos por todas partes. Aunque sepa que aquí no hay nada que hacer, ¿no es así?

—Sí —repuso el otro— Verdad es que aquí ningún ladrón se atrevería a hacer nada, ya que no podría salir de la nave y yo no pararía hasta haber encontrado lo robado y su autor.

—¡Se respira una tranquilidad completa aquí, amigo mío! ¡Vea los rostros de los que se divierten!

—Los veo.

—Fíjese en que las damas se han puesto todas sus joyas, sin excepción, seguras de que aquí pueden lucirlas con una seguridad que no tendrían en ningún otro sitio.

—¡Hay una verdadera fortuna aquí esta noche!

—Dígamelo a mí, Rusell. El sobrecargó ha hecho el seguro de todas estas riquezas, y la cifra total es para hacer estremecer al más sensato.

—¿Cuánto?

—Mil millones de créditos.

Noel emitió un silbido de asombro.

Y el comandante, arrastrado por las cifras, continuó:

—Una cantidad suficiente para hacer tres «Spacius» iguales a éste. Muchas veces me pregunto cómo puede haber gente que posea, en joyas, una suma tan fabulosa.

—Perdería usted el tiempo si buscase una explicación lógica, comandante. Todo lo que hace relación con los caprichos de una mujer escapa a la lógica más elemental.

—Es cierto.

Y se dejó llevar por el brillo de los collares que lucían los cuellos desnudos, por el refulgir de las pulseras.

La orquesta llenaba el amplio salón con una música dulce y las parejas seguían el ritmo, dejándose llevar por ella.

Arnett pensaba en la tranquilidad que allí se respiraba, y estaba orgulloso de ello. Sabía que seis pisos más abajo, junto a la sala de motores, un grupo de hombres disciplinados hacían que aquel coloso cruzase el espacio a una velocidad fantástica.

Todo estaba calculado, precisado con unos detalles que entraban dentro de la matemática más pura. Y él, el comandante del «Spacius», podía respirar tranquilo, aceptando una copa de champaña que uno de los camareros, con una reverencia respetuosa, le ofrecía en aquel momento.

Noel se llevó también la suya a los labios.

Después, imitando al comandante, que había dejado la —suya sobre la bandeja del camarero que esperaba, dijo:

—Dentro de unos años, los viajes espaciales no tendrán ningún aliciente.

—¿Usted cree, Rusell?

—Sí, comandante. No hay más que echar una ojeada a este salón para comprenderlo. Antes, ¿lo recuerda?, se pasaba bastante mal, con los saltos de gravitación, las imperfecciones de las naves de aquellos tiempos; pero, digamos la verdad, era mucho más emocionante que ahora.

—Hay que acostumbrarse a todo.

—Sí, pero yo prefería lo otro. Era como una aventura maravillosa, se estaba en contacto con el espacio intersideral, se «vivía» el viaje; ahora —y torció el gesto—, igual podíamos estar a bordo de un transatlántico como ignorar en qué punto del universo nos hallamos.

—¿No exagera un poco?

—En absoluto. Si preguntásemos a cualquiera de esos que se divierten, previo cambio del rumbo, hacia a dónde íbamos, no lo sabría. Y se sorprendería si volviésemos atrás, de desembarcar nuevamente en Venus en vez de llegar a la Tierra.

—Eso es verdad.

—Lo que demuestra, comandante, lo que antes le decía. Los viajes espaciales, sin la llegada a otros mundos, carecen de importancia y de interés.

—Pues yo me alegro de que sea así. Usted no puede comprender el gozo que experimento, como dueño de la nave, después de Dios, al saber que todo marcha bien, que mis máquinas funcionan, que mis hombres trabajan cada uno en su puesto y que mis invitados, así me gusta llamar a los que viajan en mi nave, están, contentos.

—¡De eso no hay duda! —rió el detective, señalando con un gesto a los que bailaban.

El ambiente no podía ser más cordial.

Fue en aquel momento —¡cuántas veces lo recordarían después!— cuando el comandante sacó la hermosa pitillera de oro que el año anterior le había ofrecido la tripulación en un cálido homenaje.

—¿Un cigarrillo, Russell?

—Encantado. ¡No se separa usted de la pitillera!

—Es el objeto que me causa más placer tener conmigo. Ya sabe

usted que es un hermoso recuerdo, de esos que no se olvidan jamás. Porque, ¿qué más puede pedir el comandante de un astronavío que un obsequio como éste, demostrativo del afecto y adhesión que le profesen los hombres a sus órdenes?

—Lo comprendo.

El comandante tenía la pitillera en la mano, leyendo las encomiosas y sinceras frases que había grabadas en su interior:

> «*A Harold Arnett, comandante del Spacius, de toda su tripulación, que, orgulloso, de él, está y estará siempre a sus órdenes*».

Harold sonrió, con un gesto de emoción.

Mientras, el detective había sacado su encendedor y acercó la llama al cigarrillo.

Fue en seguido, pero con una sensación extraña complejamente irracional, que el comandante miró al otro al tiempo que éste lanzaba un grito de dolor, tirando el encendedor y el cigarrillo.

—¡Ay, me he quemado!

El comandante se miró las manos.

¡Su hermosa pitillera había desaparecido sin él darse cuenta!

Y como si aquélla fuese la señal que despertase el sentido real de la catástrofe general, los gritos, las exclamaciones y las protestas se elevaron por doquier:

—¡Mi collar!

—¡Mis pendientes!

—¡Me han robado!

—¡Dios mío…!

—¿Qué ocurre?

—¡Charles!

—¡Peter!

La algarabía fue espantosa.

Olvidando su quemadura, Noel saltó a la pista, intentando poner un poco de orden en aquella reunión de locos.

Pero no lo consiguió.

Había mujeres que se desmayaban, otras que se mesaban los cabellos, otras, en fin, que reclamaban a gritos la presencia del comandante y del detective de la nave.

Los hombres protestaban, del brazo de sus llorosas mujeres.

Pero nadie comprendía nada.

Dominándose, Russell tuvo una idea luminosa y, abriéndose paso a codazos, sin contemplaciones, llegó junto a la orquesta, que había enmudecido. Cogió el micrófono con una mano y se volvió al jefe de orquesta.

—¡Lance un aviso, con la trompeta! ¡Lo más agudo que pueda! ¡Rápido!

El otro obedeció y el son de la trompeta desgarró el aire, abriéndose paso por encima de los gritos y las protestas, por encima de los suspiros y las lágrimas.

Todo el mundo se volvió, en silencio, hacia la orquesta.

Y Noel dijo, con voz bien timbrada:

—Señoras, señores: Todavía no sabemos lo que ha ocurrido; pero, por lo que más quieran, serénense. No olviden que estamos en una nave espacial y que el ladrón, o los ladrones, no pueden abandonarla. Les aseguro que dentro de poco, quizá dentro de una hora, volverán a tener sus joyas y el culpable estará encerrado para, en cuanto lleguemos a la Tierra, ponerlo en manos de la Spacial International Police.

El nombre de la SIP, la más famosa policía del Sistema, llevó el color a las mejillas pálidas e hizo que los ojos se secasen apresuradamente. Hasta algunas sonrisas desarrugaron ceños fruncidos y frentes arrugadas.

Todos estaban pendientes de las palabras de Noel.

—Yo les propongo —siguió diciendo Russell, cada vez más dueño de sí y de la situación— que, haciendo un loable esfuerzo de colaboración con nosotros, prosigan la fiesta. Sus joyas están en la nave y eso debe tranquilizarles, con la seguridad, además, de que el bromista que las ha robado será presentado a ustedes, en este salón, muy pronto —su voz se hizo áspera y dura— y que pagará cara su broma.

Sonrió de nuevo para terminar:

—Muchas gracias por todo, señoras y señores.

Y si ahora me lo permiten, antes de comenzar inmediatamente mis investigaciones, voy a ordenar a la orquesta que continúe amenizando la velada para que alegre un poco la impresión desagradable de este enojoso incidente. Muchas gracias.

Una cerrada ovación acogió las palabras de Noel, que, sonriendo satisfecho, se dio cuenta de que había logrado lo que se

proponía.

Luego, volviéndose a los músicos, ordenó:

—¡Al trabajo, muchachos!

Actuaba ya la orquesta y algunas parejas, las más decididas, bailaban cuando Noel, después de pasar por el borde de la pista, se acercó al lugar donde el comandante le esperaba.

Arnett estaba pálido como el papel.

Pero, haciendo un esfuerzo, sonrió al otro.

—¡Muchas gracias, Russell! ¡Se ha portado usted maravillosamente bien!

—No tiene importancia. ¿Vamos?

—Sí, espere un momento…

Miró hacia la pista, que se animaba por momentos; luego, volviendo la espalda a la fiesta, salió, seguido por el detective.

No se dijeron nada mientras recorrían los pasillos. Y sólo cuando estuvieron en el despacho del comandante, sentados en los cómodos sillones, éste preguntó:

—Pero ¿qué ha ocurrido, amigo mío?

—No lo sé.

Y después de una pausa aclaró:

—Sólo recuerdo que estaba encendiendo el cigarrillo y que, de repente, sentí que me quemaba, comprobando que la llama se había comido todo el cigarrillo.

—¿Y mi pitillera? La tenía en la mano y de repente me desapareció.

—Igual ocurrió con las valiosas joyas de los presentes.

—Pero.

—Es evidente que estuvimos unos segundos sin conocimiento.

—¡Pero eso es imposible! ¡Nos hubiésemos caído!

—Lo sé. Y ése es el punto más oscuro y difícil de defender de mi tesis; pero, de todos modos, tuvimos qué estar inconscientes, en cierto modo, para que el ladrón o los ladrones obrasen.

—¿Cree que eran varios?

—Sí. Un solo hombre no hubiera podido cargar con todo en un tiempo tan corto.

—¿Cómo sabe que el tiempo que estuvimos… «ausentes» fue tan corto?

—Por lo que pudo tardar mi cigarrillo en consumirse: no más de

medio minuto.

—¡Treinta segundos! Treinta segundos para despojar a los presentes de mil millones en joyas.

Noel sonrió. Después dijo:

—Tendré que utilizar los mismos argumentos que he empleado con los turistas. ¿Para qué preocuparse si las joyas están en la nave?

—Es verdad.

—Lo que hay que hacer es realizar un registro a fondo.

—Eso nos llevará muchas horas.

—No hay más remedio, comandante. Con sus cinco oficiales y los once suboficiales, que son de toda confianza, haremos un registro a fondo, empezando, naturalmente, por las cabinas de los viajeros.

—Bien.

Noel aseguró:

—Ya verá cómo no tardamos en descubrir al ladrón o a la banda que ha operado… Ya no podemos dudar, a priori, de la tripulación.

—¡Claro que no! —repuso Arnett, recordando la dedicatoria de la pitillera.

—Pero, de todos modos, una vez hayamos acabado con el registro de los viajeros, empezaremos por los pisos inferiores. No hay que despreciar la posibilidad de que los ladrones tuvieran un cómplice entre los tripulantes.

—¡No quiero pensarlo! ¡Qué deshonra para la nave!

—Lo importante es descubrir a los culpables y recuperar las joyas, ¿no le parece?

—Sí, pero…

—No sé deje llevar por sentimentalismos fuera de lugar, comandante. Si el culpable fuera uno de los hombres en los que usted tuviese la mayor confianza, igual sería: la ley no mide amistades ni sentimientos.

—Lo sé.

—Además, señor, no olvide que lo más grave sería que la Compañía tuviese que pagar los mil millones de créditos del seguro, ya que es ella quien lo hace.

—¡Santo cielo!

—Sería un viaje un poco costoso, ¿no?

—¡No lo diga ni en broma!

—No le hablo en broma. Vamos a empezar a, trabajar.

—Le acompañaré.

—No, comandante. Creo que su puesto esta junto a los viajeros, junto a sus «invitados», como usted los llama. Ha de conseguir que la gente hable lo menos posible de lo ocurrido y que se divierta cuanto pueda. Sólo su presencia puede lograrlo.

El comandante dijo:

—Tiene usted razón. ¡No sé dónde tengo la cabeza!

Y después de una pausa, poniéndose en pie, dijo:

—No me hubiera importado que se presentase cualquier problema de navegación, incluso una avería grave, como nunca la he tenido; pero esto, la verdad, me ha dejado anonadado, atentado, como dormido…

—No se preocupe y vaya al salón. Iré allí en cuanto sepa algo concreto.

—Sí, por favor. ¡No me deje esperar allí, angustiado, horas y horas!

—Iré a verle enseguida. ¡Ya verá cómo se arregla todo en un periquete!

El comandante salió y Noel hizo lo mismo, dirigiéndose hacia los departamentos de los oficiales, a los que reunió, comunicándoles lo ocurrido y solicitando su colaboración para proceder al colosal registro que iba a empezar.

Aceptaron encantados de poder cazar al que se había atrevido a intentar ensuciar el nombre de la nave y el honor de su comandante.

Durante tres horas, olvidando todo cuidado, registraron cuidadosamente los equipajes y camarotes de los viajeros, pero sin resultado.

Con el entrecejo fruncido, Noel dirigió entonces la investigación hacia los departamentos de la tripulación, que fueron registrados con una minuciosidad extraordinaria.

Nada.

Siguieron descendiendo hacia las entrañas de la nave.

Bodegas, cámaras de máquinas, depósitos diversos, sondajes del carburante…

A las seis horas no había quedado ni un solo lugar por registrar

y la larguísima lista que llevaba el detective estaba completamente llena de tachaduras.

Hacía tiempo que los viajeros, aconsejados por el comandante, habían regresado a sus cabinas.

Un extraño silencio reinaba en la astronave.

La expresión del rostro de Noel había cambiado por completo y la sonrisa que, al empezar el registro, ornaba sus labios, desapareció por ensalmo, dejando una máscara fría, con un entrecejo fruncido, demostrando cómo las ideas debían hervir en su mente.

Cuando, ya casi al amanecer —hora local— se encontró con el comandante en el despacho de éste, se dejó caer sobre uno de los sillones.

—Estoy rendido.

—No ha encontrado nada, ¿verdad?

—No.

—¿Entonces?

Russell le miró a los ojos, sabiendo el choque que iba a producir lo que se disponía a decir. Pero no había más remedio.

—Así, amigo mío —inquirió, con ansiedad, el comandante— ¿no ha encontrado nada aún?

—No, ni se encontrará nada.

—¿Eh?

—Lo lamento, comandante, pero he de decirle la verdad: las joyas no están en la nave.

Capítulo II


L comandante Arnett estaba demasiado nervioso para explicar las cosas con toda la claridad necesaria. Quizá su nerviosismo aumentó, hasta hacerse insoportable, por la presencia en el despacho de su jefe, el dueño de las líneas, John Wagner, que le había acompañado hasta allí.

Por su parte, Donald Callowan, el jefe de la Spacial International Police, escuchó atentamente, interrumpiendo al comandante cuando las palabras de éste no eran lo suficientemente explícitas para entender el nudo de la información.

—¿Y dice que repitieron el registro? —preguntó Callowan en un momento determinado.

—Sí, señor —repuso el atribulado comandante—. Lo hicimos dos veces antes de llegar a la Tierra, sin contar la primera, justo después de que las joyas desapareciesen.

Intervino el potentado Wagner:

—En cuanto el comandante Arnett me comunicó por radio lo que había sucedido —dijo— tomé medidas especiales en el aterrizaje y, tras solicitar el permiso de mis viajeros, procedimos a un registro, con ayuda de la policía del Astropuerto de Los Ángeles, pudiendo afirmar rotundamente que las joyas no salieron del

«Spacius» y, lo que es peor, tampoco se encontraban en su interior.

—¿Está usted completamente seguro de esto último?

John miró a Callowan con una expresión de desconsuelo.

Luego repuso:

—Completamente, señor. Los técnicos de mis fábricas han registrado la nave, desmontando lo que juzgaban necesario, ya que había lugares en los que podían haberse ocultado las joyas. Pero no se logró nada.

—Lo que parece demostrar que las joyas fueron sacadas de la nave en pleno vuelo.

—¡Eso es imposible! —exclamó el comandante.

Donald sonrió.

Después, con voz suave, en la que había una punta de ironía, dijo:

—Me gustaría comandante, que me proporcionase una explicación que no fuese ésta.

La expresión del rostro de Harold daba lástima.

—¡No lo sé! —exclamó—. ¡Es como para volverse loco!

Y tras una corta pausa añadió:

—¿No comprende que para sacar las joyas de la nave hubiese tenido que acercarse otra a nosotros?

—¿Y eso no es posible?

—No. Todas las naves del servicio Venus-Tierra poseen un campo magnético especial, regido por el mecanismo que crea la gravitación artificial, que impide, por completo, la aproximación de cualquier nave en plena marcha.

—¿Qué ocurriría si una nave se acercase?

—Que quedaría pegada como una ventosa al casco del «Spacius», con los consiguientes trastornos de estabilización, los catastróficos resultados del golpe, etcétera.

—Comprendo. ¿Y no pudieron ser arrojadas las joyas al exterior?

—¡Inútil, querido señor Callowan! Por el mismo mecanismo magnético que le he expuesto antes, cualquier objeto quedaría pegado al casco de la nave, ya que se necesitaría una fuerza colosal para lanzarlo lejos.

—¿Una fuerza como…?

—La de un cañón atómico, por ejemplo. Pero eso es imposible.

Ninguna nave comercial lleva armas, primero porque no las necesitan y segundo Porque con el campo magnético correrían el peligro de, al utilizarlas, ver los proyectiles caer sobre ellas mismas.

—¿Tan fuerte es ese campo magnético?

—Mucho, amigo mío. Gracias a él, los tripulantes y viajeros no experimentan reacción alguna en los violentos cambios de aceleración y en los frenajes que se hacen al estar en las atmósferas de Venus y la Tierra. La comodidad de las naves de turismo es, en fin, producto de esos campos magnéticos.

—Entendido. Veo ahora por qué usted rechaza la posibilidad de que una nave se acercase al «Spacius», así como la otra posibilidad el lanzamiento de las joyas hacia el exterior. ¿No es así?

Harold asintió:

—Así es.

Intervino nuevamente Wagner, que había seguido atentamente la conversación entre los otros dos, mirando a uno u otro, sucesivamente.

—Entonces, si nadie ha podido acercarse y si las joyas no han sido lanzadas al exterior, y si tampoco han sido encontradas en los equipajes ni en la nave… ¿es que se han volatizado?

Callowan sonrió.

—En todo problema, señor Wagner, hay siempre una incógnita importante, algo que nos desespera porque no posee explicación lógica.

—¡Pero es que en este caso no hay lógica de ninguna clase!

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Tendremos que estudiar el asunto.

El tono de la voz de Wagner cambió, al pensar en lo que ya había sucedido, y mirando fijamente al jefe de la SIP explicó:

—Hemos tenido que abonar la totalidad del seguro, señor Callowan; es decir, mil millones de créditos. Ya podrá imaginarse lo que, incluso para una Compañía como la que dirijo, significa esa cantidad.

—Lo comprendo.

—Pero no es sólo el perjuicio económico que este catastrófico asunto nos ha proporcionado, sino la reacción, natural desde cualquier punto de vista, de los viajeros, que preferían las joyas al dinero. Todo esto puede redundar en perjuicio de mi Compañía,

justamente en el momento en que otra ha solicitado del Consejo Mundial permiso para establecer un servicio como el mío.

—Y que ahora se aprovecharán del asunto para insistir con más fuerza —concluyó el comandante.

—Eso es —replicó su patrón.

—Por el momento —dijo— hemos de atenernos fríamente a los hechos. Iniciaremos la investigación inmediatamente. ¿Cuándo parte de nuevo el «Spacius»?

—Dentro de tres días —repuso Wagner, con una expresión sombría— pero no creo que con mucho pasaje.

—Muy bien —cortó Donald—. Ya les iré informando de lo que vaya sabiendo. Adiós, señores.

Se estrecharon la mano y cuando Callowan quedó solo se sentó, emborronando unas cuartillas con raros, y extraños dibujos, sin ninguna significación.

No importaba.

Tenía que hacer algo mientras su cerebro empegaba a moverse en cada nuevo asunto.

Luego miró melancólicamente la caja de habanos que tenía a un lado de la mesa, pensando en el tiempo, que tardarla en poder fumarse uno, ya que en cuanto se presentaba un asunto dejaba de filmar cigarros puros hasta haberlo resuelto.

Era, según decían sus muchachos, su «Calumet de la Paz».

Estuvo un buen rato dibujando y pensando.

Después, decidido, pulsó el botón del dictáfono, oyendo la voz armoniosa de la señorita de la central.

—Mándeme a Raid, señorita.

—En seguida, señor Callowan.

Pulsó el botón; cerrando la comunicación y, con una nueva mirada de desconsuelo hacia la caja de habanos, sacó un paquete de cigarrillos, encendiendo uno.

—¡Adelante! —dijo, al oír que alguien golpeaba suavemente a la puerta.

Se abrió ésta, dejando paso _a un joven de alta estatura, cabello negro, ojos del mismo color y piel intensamente tostada por el sol.

—¿Me llamaba, señor?

—Sí; siéntate, Richard.

El otro obedeció, encendiendo un cigarrillo que cogió del

paquete que le tendió su jefe.

Luego Callowan, detenidamente, como solía hacerlo, con aquel simpático tono de maestro de escuela que utilizaba para explicar los casos, expuso, con meridiana claridad, los hechos acontecidos a bordo del «Spacius».

Richard Reid le escuchó sin pestañear, absorbiendo todo aquello que iba ocupando un lugar preferente en su memoria.

—Eso es todo —dijo Callowan al terminar su exposición de los hechos.

—La cosa es bien confusa.

—Sí, tienes, razón, Reid: hay muchos datos que quedan flotando en el aire; pero, como siempre, tenemos a nuestro favor la reincidencia.

—¿Cree que volverán a hacerlo?

—Seguro. ¿No repetirías tú con los medios que ellos poseen?

—Sí.

—Pues ellos harán lo mismo.

—Pero la gente rica dejará de viajar en el «Spacius».

—Todo lo contrario. No conoces a esos plutócratas, amigo mío. Basta que suceda algo, rompiendo la monotonía de una existencia sin objetivo preciso, para Que todos quieran gustar la emoción de un robo como ése. Apostaría cualquier cosa a que el «Spacius» se convierte en el lugar de cita de todos los que poseen joyas para que les sean robadas.

—Pero…

—Compréndelo, Reid: si ellos pierden las joyas, no pierden su valor, pudiendo incluso ganar unos cientos de miles de créditos, ya que la Compañía Astronáutica está obligada a admitir un seguro impuesto por el viajero que, en definitiva, paga su prima.

—¡Pero será la ruina para la Compañía!

—Ahí sí que estás en lo cierto. John Wagner, el dueño de esas Líneas de Venus-Tierra, se ha equivocado al pensar que su clientela disminuirá; sobre todo en lo que respecta al «Spacius». Pero, desdichadamente para él, cada viaje le costará un miliar de millones de créditos, lo que le hundirá en poco tiempo.

—Hemos de evitarlo, señor.

—Sí, hemos de evitarlo.

Hubo una larga pausa, que Richard no se atrevió a romper.

Y, de repente, Callowan, mirando al agente, ordenó:

—Vas a ir en el «Spacius» en cuantos viajes haga desde ahora.

—Bien.

—Formarás parte de los turistas ricos, y aunque viajes con tu nombre, procederás de la alta sociedad, de forma que todo el mundo, incluso el comandante, ignore que perteneces a la SIP.

—De acuerdo.

—Y no puedo darte ningún consejo, Richard, ya que ya has visto, desdichadamente, lo poco que sé del caso.

—Lo comprendo.

—La única cosa que puedo decirte es que debes abrir los ojos y estar atento a todo lo que ocurra. Creo que si eligieron el momento de la fiesta a bordo fue por algo, quizá por tener reunidas todas las joyas en un reducido espacio —factor tiempo—, o para aprovecharse de la distracción general —factor psicológico— Sea como sea, obraron rapidísimamente, si se puede creer el control del tiempo que hizo el detective de la nave, como te he contado, con la combustión total de su cigarrillo.

—¡No calculó mal!, ¿eh?

—Eso depende. Lo más extraño de todo es que para que el cigarrillo ardiese del modo que explica ese hombre fue necesario que el mechero se moviese, avanzando con su llama destructora.

—¡Naturalmente!

—Sí, pero tienes que pensar, como se deduce del relato que nos han hecho, que nadie se movió, excepto el mechero de Noel Russell.

—¡Es verdad!

Y después de una pausa el agente preguntó:

—¿Sospecha usted de él, señor?

—No… y sí. No sospecho de nadie y sospecho de todos, mientras no se demuestre lo contrario. Por eso mismo, Reid, deseo que nadie, absolutamente nadie, conozca tu identidad a bordo.

—Nadie la conocerá.

—Estupendo. Mira por todas partes y a todos los que te rodeen. Y controla, sobre todo, tú tiempo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, aunque parezca estúpido, no dejes de mirar al reloj constantemente. Si fueras capaz solamente de oprimir el botón de

tu cronógrafo, en el momento preciso, sabríamos, por lo menos, el tiempo que emplean en robar. Y sería un dato precioso para poder seguir investigando.

—Haré lo posible por realizarlo.

—No te hagas demasiadas ilusiones, muchacho. No hay que olvidar que la pérdida de conciencia fue total y afecté a los trescientos viajeros y a los mil tripulantes; fue, tenemos que aceptarlo así, Un verdadero colapso general, de una cierta duración, lo que permitió el robo.

¿Además, queda por descubrir, entre otras muchas cosas, la manera cómo sacaron las joyas de la nave…?

—¡Pero si es imposible que las sacasen, por todo lo que me ha dicho antes, señor Callowan!

—De todos modos —insistió, tozudo, el jefe de la SIP—, las sacaron.

* * *

Margaret Sullivan, de la rama pura de los Sullivan, avanzó detrás de la otra joven, a la que no conocía de nada, pero cuya belleza había llamado su atención desde el primer momento que la había visto, cuando descendió de un coche, junto al suyo.

Margaret llevaba su pasaje en la mano.

No había cola y pudieron ir hacia la ventanilla sobre la que se leía: «Seguros».

La joven que la precedía se inclinó, tendiendo su pasaje.

El empleado lo leyó, tomando nota de su número; después, sonriente:

—¿Qué quiere asegurar, señorita?

—Mis joyas.

—¿En cuánto?

—Doscientos millones.

El empleado la miró, abriendo la boca y los ojos, que se dilataron hasta el límite posible. También Margaret, detrás, expresó su asombro.

—Bien —acertó a decir el empleado, cuya voz había enronquecido un tanto.

Hizo el recibo, tendiéndoselo a la muchacha.

—Son quince mil créditos, señorita.

La joven abrió el bolso, extrayendo un puñado de billetes que contó rápidamente.

—Aquí tiene usted.

—Gracias, señorita.

—Adiós.

Se alejó y Margaret la siguió con la mirada; después, volviéndose hacia el empleado, le preguntó:

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

El hombre reconoció inmediatamente a su interlocutora, sonriéndole:

—¿Ah, es usted, señorita Sullivan?

La conocía desde hacía mucho tiempo, ya que viajaba con frecuencia en aquella línea.

—¿Cómo se llama? —insistió Margaret.

—Rita Wells.

—No la conozco.

—Yo tampoco. Aunque no ha de extrañarse, señorita Sullivan: los nuevos ricos brotan como hongos.

—¡Pues ya ha de serlo para llevar doscientos millones de joyas!

—Es fantástico; nunca he visto una cosa igual.

—Me gustará verlas.

—Sí, será un espectáculo digno de ser visto. ¿A cuánto asciende su seguro esta vez, señorita Sullivan?

—Tres millones. Yo no soy tan rica como esa joven.

El empleado se encogió de hombros.

—Usted tiene un nombre noble, señorita. Y eso no se paga con dinero ni con joyas.

—Gracias.

—Aquí tiene su recibo: mil trescientos créditos.

—Tome. Y quédese con la vuelta.

—¡Muchas gracias!

Capítulo 

ICHARD se puso un traje sencillo, colocándose después el «holster», que disimulaba el bulto del arma en una chaqueta hecha exprofeso por el sastre de la Escuela de la Spacial International Police.

Se miró al espejo y sonrió satisfecho.

Luego, abandonando su cabina, atravesó los lujosos pasillos, con luz tamizada, pasando al salón-bar, en el que había bastante gente.

Hacía una hora que el «Spacius» había abandonado la Tierra y navegaba ya por el espacio, rumbo a Venus.

Reid comprobó que Callowan no se había equivocado al decir que el pasaje de la nave iba a estar sobrecargado de figuras de la alta sociedad.

Y así era.

El agente observó los rostros conocidos de muchos magnates, de sus esposas y sus hijas. Y mientras se acercaba al bar, oyó algunos trozos de las conversaciones, sonriendo al comprobar que todas giraban alrededor de lo mismo: el robo.

Parecía como si aquellas gentes deseasen que les quitasen sus joyas, sólo para experimentar una emoción que diese un poco de picante a sus vidas sumidas en lo más espeso de un ocio que no

terminaba nunca.

Sobre todo las mujeres.

Para éstas, la emoción de saber que podían ser robadas, sin ningún peligro personal, las sumía en un estado de excitación que en muchos casos rayaba en el más estúpido histerismo.

Richard llegó a la barra y se alzó hasta el taburete, pensando melancólicamente que los ladrones debían de haber contado con aquella vanidad humana que les facilitaba enormemente su tarea de despojo.

En cuanto a la Compañía…

Iba a hundirse y Richard lo preveía, lamentando que Wagner no hubiera visto más claro en aquel juego.

Pero el orgullo del viejo capitán de negocios era demasiado fuerte para ceder ante un peligro como aquél.

—¿Qué desea? —inquirió el barman.

—Un whisky.

Miraba su reloj con insistencia, siguiendo las instrucciones que Donald le había dado.

Fue entonces cuando sintió la presencia de una persona a su lado. Se volvió acto seguido.

La vista de la muchacha le ofuscó.

Era esbelta, hermosa hasta lo indecible, con una larga cabellera rubia de brillos extraordinarios.

Ella debió notar la insistencia de aquella mirada, porque se volvió sonriente.

—¿Me doy la vuelta ahora? —preguntó, sin dejar de sonreír.

Richard enrojeció, sin acertar a decir nada.

Ella le miraba con insistencia.

—¿Nos hemos visto antes?

—Creo que no —repuso Reid, cuya sangre fría había vuelto. Y para demostrarlo—: No habría podido olvidarla si la hubiera visto antes.

—Muy amable.

—Soy sólo justo. ¿Bebe algo?

—Sí. Un Martini.

Reid pidió lo que ella deseaba beber y cuando el barman se alejó, de nuevo, ella dijo:

—Hay muchos rostros nuevos en este viaje, ¿no le parece?

—Es posible; pero he de confesarle algo.

—¿El qué?

—Yo, personalmente, no conozco a nadie. Estaba en la India, en una de nuestras propiedades, cuando papá, murió: volví a Europa y después a los Estados Unidos.

—¿Y ahora?

—Voy a visitar unas pequeñas propiedades que tenemos en Venus. Por eso no debe extrañarle —añadió, sonriendo— que no conozca a nadie. De todos modos, debo presentarme: Richard Reid.

—Yo soy Margaret Sullivan.

—¿De los… Sullivan de Nueva York?

Ella sonrió, divertida.

—¿No decía que no conocía a nadie?

—Claro; es cierto; pero ¿quién no ha oído hablar de los Sullivan y de sus aviones y telebuses, conocidos en todo el mundo? Incluso en la India, en el lugar apartado en que yo vivía, llegaba cada día el correo en un bus «Sullivan».

—Lo comprendo.

—Quería preguntarle una cosa, si es que no me juzga demasiado curioso.

—Si puedo contestarla…

—Al entrar en el salón he oído, sin querer, algunas conversaciones. Y todo el mundo habla de robos de joyas. ¿Por qué?

—¿Es que no se ha enterado?

—¿De qué?

—Robaron joyas, aquí, en el «Spacius», en el viaje anterior, cuando iba hacia la Tierra.

—¡Qué interesante!

—¿Usted cree? El noventa por ciento de los que han tomado pasaje en este viaje lo han hecho por la emoción del robo, por si los ladrones operan de nuevo.

—¿Es posible?

—Como lo oye.

—¿Es que no los cogieron?

—No, ni los vieron, según he oído.

—¡Es fantástico! ¿Y toda esta gente viene para ver si repiten la hazaña?

—Así es.

—Pero ¿y si les roban?

—No se preocupan: la Compañía lo asegura todo. ¡Fíjese en aquella pelirroja!

Richard se volvió, teniendo que hacer un esfuerzo para no caer del taburete.

¡Qué pelirroja!

Era una especie de belleza extraña, como una de esas beldades que suelen verse solo en las portadas de las revistas, con un fondo de playa paradisíaca.

Logró dar una expresión normal a su rostro antes de volverse.

Luego preguntó:

—¿Quién es?

Margaret se encogió de hombros.

—En francés hay —dijo— una palabra adecúa, «parvenue».

—¿Arribista?

—No es lo mismo: esa muchacha debe de ser la hija de un hombre que ha sido capaz, para complacerla, de comprarle doscientos millones de créditos en joyas.

—¿Doscientos millones de créditos? —Eso es. Yo estaba asegurando mis joyas cuando ella lo hizo.

—¡Pero es fantástico!

—Sí. No deja de ser interesante. Veremos esta noche, en la fiesta que ha sido organizada.

—¿Una fiesta? ¿Ya?

Ella sonrió, con una gracia atractiva.

—Sí. Hay prisa, compréndalo bien, Reid. Como los ladrones operaron, la vez anterior, en una fiesta, los buscadores de sensaciones emocionantes quieren prepararlo todo como si quisieran dar una ocasión lo antes posible, a los ladrones. Están más impacientes que ellos.

—¡Es absurdo!

—También lo creo yo. ¡Lástima que me haya visto obligada a hacer este viaje precisamente!

—¿Es que no lo hace por turismo?

—No. Mi viaje es obligatorio. Una vez, cada semestre, viajo a Venus para ayudar un poco en los asuntos de papá. Aunque no lo crea, los Sullivan no somos de esos ricos que se pasan la vida sin

saber qué hacer. En casa, todo el trabajo está distribuido y papá me nombró inspectora de nuestras sucursales Marte y Venus. Por eso viajo tanto.

—Mejor es así; eso dice mucho en su favor.

—Me es igual. Pero, como usted dice, prefiero llenar mi vida con un objetivo.

—Muy bien hecho.

Hubo una pausa; luego ella aventuró:

—¿Vendrá a la fiesta esta noche?

—¿Por qué no? Hace muchísimo tiempo que no me divierto, aunque aquí temo que, sin ser conocido, me hará un cierto vacío.

—Cuente conmigo.

—Muchas gracias.

—No me las dé. Basta que usted, como yo, viaje por cuestiones de negocios, para que una corriente de simpatía y de comprensión se establezca entre nosotros. Ya me irá conociendo poco a poco y se dará cuenta de que yo no soy como cualquier otra muchacha de mi categoría social.

Richard estaba encantado.

Le gustaba la muchacha, su carácter abierto, su compañerismo a toda prueba, su limpia y recta idea de la vida.

Sí, aquella muchacha le gustaba…

… aunque no podía olvidar a la pelirroja.

* * *

—¡Santo Dios, qué lujo!

Richard, con su flamante traje de etiqueta, no reconocía en absoluto el salón donde aquella mañana había bebido en compañía de Margaret.

¡Qué cambio!

Debía de haber un grupo de habilísimos decoradores en la nave para haber convertido aquello de una forma tan radical, dándole un aspecto fantástico que hacía juego con los motivos astronáuticos y espaciales, tan en moda en aquel tiempo.

Todas las luces habían sido convertidas en una especie de sistema planetario y, alrededor del foco central, una serie de esferas de colores, brillantes y magníficas, giraban lentamente, recibiendo una variable intensidad de luces en su pausado movimiento.

No había hilo ni cable alguno que las sostuviese en el aire.

«Debe de ser gracias a un mecanismo magnético», pensó el joven.

Pero bajando la vista de aquel falso pero magnífico firmamento, Richard vio que había muchas estrellas de carne y hueso, vestidas con lujosos trajes de noche y con joyas que, sobre sus cuerpos, brillaban con mayor intensidad que las del techo del salón.

Tragó saliva al ver aquellos collares, aderezos, pendientes, pulseras, que ponían brillos cegadores en las pieles de sus poseedores.

La fastuosidad era inconcebible, incalculable la riqueza.

El joven buscó a Margaret, comprobando que no había llegado aún. Y deseoso de calmar la excitación que la vista de tan fabulosa exposición de riqueza le había producido, fue hacia el bar, pidiendo una bebida.

Pero no olvidaba su misión.

Por encima de su aire ausente, como el de cualquier otro joven de los que allí había, su inconsciente estaba alerta y eran constantes las miradas que lanzaba el reloj, acariciándose la muñeca izquierda con la mano derecha, dispuesto a poner en marcha el cronógrafo a la menor alarma.

Porque estaba seguro de que los ladrones no iban a desaprovechar una ocasión tan magnífica.

—¡Hola!

Se volvió, viendo ante él a Margaret, más hermosa que nunca, pero vestida con un gusto sencillo, que realzaba aún más su belleza.

Sus joyas eran preciosas.

Pero, dentro de la línea de moderación que parecía guiar a la joven, las joyas no eran excesivas, ni sobrecargadas. Justo un fino collar de platino, con un juego de rubíes, iguales a los de los pendientes, y la pulsera que adornaba su muñeca izquierda, junto con un diminuto reloj, montado en diamantes.

—¡Vaya sorpresa! Exclamó él.

Y ella, sentándose a su lado, dijo:

—¿Galantería?

—Justicia.

—Es extraño, pero tiene usted una especie de obsesión por la palabra «justicia». ¿No será abogado o juez?

—No.

¡Cuidado, Reid!

Se hizo un silencio que fue roto por Reid.

—La verdad es que está usted muy linda.

—Gracias.

Ella frunció el entrecejo.

—Los ladrones lo tienen todo preparado… en bandeja. ¿No le parece?

—Sí, pero ¿dónde están?

—¿Los ladrones?

—Eso mismo.

—¡Quién lo sabe! Lo cierto es que las joyas no fueron halladas en parte alguna de la nave.

—¿Sería otra nave que atacó al «Spacíus»?

—Tampoco lo sabe nadie, ya que las cosas ocurrieron, como verá ahora, de la siguiente manera…

Y le relató parcialmente lo que Richard conocía mucho mejor.

—Comprendo. —Dijo éste cuando ella terminó su relato— la emoción de toda esta gente. Así que, como me ha dicho, ¿perdieron el conocimiento?

—Eso es.

—¿Y no cayeron al suelo?

—No. Yo creo que fueron sometidos a una especie de hipnotismo colectivo.

—No sé…

—Comprendo que mi idea es un poco rara, cogida así, por los pelos; pero ¿cómo explicar de otro modo que nadie se diera cuenta de que le robaban?

—Yo no soy policía —dijo él— sin embargo, Margaret, no puedo creer, que alguien hipnotizase así a todo el mundo. No he oído hablar jamás de un hombre con tanto poder.

—Pero puede haberlo.

—Es posible.

La muchacha miraba a la sala, y fue en aquel momento cuando una exclamación general hizo que su atención siguiese la mirada de los demás.

—¡Ahí está!

Richard estuvo a punto de creer que se trataba del hipnotizador

o de los ladrones.

Y casi puso en marcha su cronógrafo.

Pero al darse cuenta de lo que había provocado la atención de los presentes, sonrió.

¡La pelirroja!

Acababa de hacer su entrada, teatral, como su aspecto, con un vestido atrevidísimo, que no por eso mermaba su belleza.

Pero las Joyas…

Richard no había visto nunca tantas reunidas, tan grandes, tan brillantes, como si toda una constelación de estrellas de primera magnitud hubiera caído de repente sobre la muchacha.

—¡Ridículo! —exclamó Margaret, a su lado—. ¡No sé cómo puede andar!

Y era verdad, porque todo aquello debía pesar lo suyo.

—¿Es la de los doscientos millones de seguro? —inquirió él, aunque la había reconocido enseguida.

—Sí, una fatua que desea deslumbrar a los demás, sabiendo que si es robada percibirá lo que valen las joyas.

—¿Las han tasado los expertos?

—No. Sería un insulto para los viajeros, que la Compañía no puede hacerles en modo alguno. El seguro se paga por el valor que se supone, y la Compañía no puede decir nada, ya que en tiempo normal y antes de estos robos, era una bonita suma que se ganaba sin ningún esfuerzo, puesto que, una vez en el espacio, la nave es como un cofre fuerte inexpugnable.

—Lo era…

—Es verdad.

Siguieron a la pelirroja con la mirada, viéndola saludar a algunos de los presentes, pero inmediatamente fue rodeada por un grupo de jóvenes y desapareció entre ellos.

—Los zánganos de siempre —dijo Margaret, volviéndose hacia el mostrador.

—Pero no atraídos por la miel —replicó Reid—, a menos que la miel, ahora, se haya convertido en diamantes.

—Exhibición pura —comentó ella.

Bebieron una copa más y después, cuando la orquesta empezó a tocar, antes de la cena, Margaret invitó:

—¿Bailamos, Richard?

—Con mucho gusto.

Lo hicieron, y Reid, sin poderlo evitar, se sintió feliz, teniendo en los brazos a aquella encantadora joven, que había sabido ganarse, tan pronto, su respeto y simpatía.

Bailaba maravillosamente bien. Pero, por encima de todo aquello, Reid sentía su belleza, próxima, cautivante.

—¿Cena usted con alguien? —inquirió, mirándola a los ojos.

Ella sonrió. Después exclamó:

—¡Ya pensaba yo que el «statu quo» duraba demasiado!

—¿Eh?

—Sí. Y tengo que considerar, a pesar de todo, que es usted uno de los pocos hombres que ha tardado más en «atacar».

—Pero…

Ella encogió sus gráciles hombros.

—Estoy acostumbrada a considerar las cosas como son, Richard. Y su invitación viene a demostrarme, una vez más, que las cosas pasan siempre de la misma manera.

Reid exclamó:

—Le juro que no lo he dicho con ninguna intención.

—Lo comprendo. Cenaremos juntos, señor Reid; pero antes, como dos buenos compañeros, pongamos las cartas sobre la mesa.

—Usted dirá.

—No estoy comprometida y no quiero comprometerme. Por el momento, mi trabajo me basta. Eso no quiere decir que desprecie la galantería o los homenajes que se me hagan: lo contrario sería anormal. Pero, si desea seguir siendo mi amigo, deje a un lado todo lo demás.

—Yo…

—No hace falta que diga nada: comprendo perfectamente el mal momento que le estoy haciendo pasar. Pero siempre me ha gustado que mis amigos pisen un terreno firme…

—Yo…

¡Y fue entonces cuando experimentó una especie de vahído, algo cegador que le penetró muy hondo!

Desesperadamente, en el último instante, sabiendo que no le iba a dar tiempo para poner en marcha su cronógrafo, agarró con fuerza la muñeca de la muchacha.

Luego, una especie de nebulosidad le rodeó a una velocidad

fantástica, borrando cuanto le rodeaba, como si un telón de niebla hubiese caído de pronto entre el mundo y él…

Capítulo IV

XACTAMENTE como si le rodease un remolino, situándolo en el centro de una especie de tromba, que giraba sin cesar. Pero, lo más curioso es que no sintió ninguna especie de vértigo, sino una sensación de completo aislamiento.

Fuera del mundo.

Ni oidos, ni ojos… ninguno de los sentidos le servían para nada, ya que nada llegaba hasta él.

Pero seguía pensando.

Y la alegría le inundó al recordar, con fantástica precisión, la hora exacta que había consultado en su cronógrafo, justo en el momento que produjo el «fenómeno».

Las nueve y veintitrés.

¡Jamás olvidaría aquella hora!

Era lo más precioso que poseía y ahora se daba cuenta de que los consejos de Callowan iban a permitirle saber por lo menos el tiempo que los ladrones dejaban en aquel estado de aislamiento completo a los tripulantes y viajeros del «Spacius».

Era la base de todo lo que viniese después. Y aunque no comprendía por completo la importancia enorme que aquel dato tenía para Donald, estaba seguro de que el jefe de la SIP sacaría de

él las conclusiones que empezarían por esclarecer el espinoso asunto del robo de joyas en el espacio.

Le extrañaba poder pensar con aquella libertad, a pesar de estar completamente separado del mundo. No podía hablarse, por lo tanto, de inconsciencia, ya que él podía hacer funcionar su cerebro perfectamente, sin que ningún recuerdo le fallase.

Ahora no había más que esperar…

Y así, cuando de repente volvió a establecer contacto con el exterior, encontrándose en idéntica posición que cuando sucedió el «fenómeno», lo primero que hizo fue mirar al reloj, separándose de la muchacha.

Pero al fijar su mirada en la esfera de su cronógrafo, sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, al tiempo que una desilusión espantosa caía sobre él como una losa.

Porque el reloj marcaba, sin ningún género de dudas, ¡las nueve y veintitrés!

¡No podía ser!

En aquel momento estalló un terrible coro de gritos, de exclamaciones y hasta de llantos de las mujeres que, aunque contaban con ser robadas, reaccionaban ahora de una forma imprevista… pero natural y lógica.

—¡Me han robado!

—¡Mis joyas!

—¡Mi collar!

—¡Mis pendientes!

Margaret se llevó las manos al cuello, tocándose, después, los lóbulos de las orejas.

Sonrió y dijo:

—También me han robado a mí.

Pero entonces se percató de que ni su reloj ni su lujosa pulsera de platino habían desaparecido.

—¡Me han dejado esto! —exclamó.

Richard, que estaba luchando espantosamente con las ideas depresivas que la comprobación hecha con el reloj le había producido, miró a la joven, recordando entonces un precioso detalle.

—Yo le cogí la muñeca, Marga, muy fuerte, justo en el momento en que empecé a sentir esa extraña sensación.

—¿Y cree que por eso?

—Es evidente. Mi mano les ocultó las joyas y por eso no se las robaron.

—Es posible.

El escándalo era mayúsculo, y otra vez, como la anterior, intervino el detective de la nave, solicitando serenidad. Pero ahora no habló de que iba a conseguir rescatar las joyas en poco tiempo, ni tampoco prometió registros de ninguna clase.

Era inútil.

Por su parte, el comandante, a su lado, parecía haber envejecido un siglo en unos minutos.

Richard cogió a la joven del brazo, llevándola hacia una mesita, ante la que se sentaron.

—¿Cómo conseguirán esto? —preguntó él, como si hablase consigo mismo.

—¿El qué?

—Sumirnos en este estado especial.

—No lo sé.

—Deben, ser muy fuertes. Y, por suerte, sólo piensan en robar…

—¿Por qué dice usted eso?

Reid la miró fijamente.

—Porque —dijo, luego—, si fueran asesinos, hubiera podido matarnos, uno a uno, con la misma facilidad.

—Es verdad.

Guardaron silencio y el joven siguió pensando en aquella obsesiva pregunta que le hacía daño desde el principio.

Si el reloj no había dejado pasar ni un segundo —aunque era posible que hubiesen pasado algunos, pero menos de un minuto— ¿cómo se habían arreglado los ladrones para despojar a todas las mujeres de sus joyas en tan brevísimo tiempo?

Sólo había una respuesta lógica: el que fuera un numeroso grupo el que se encargó del «golpe».

Otra pregunta:

¿Cómo era posible que ellos no sufriesen los efectos de aquella rara seminconsciencia que no obstante, pesaba sobre todos los demás?

¡Demasiadas preguntas!

Encendió un cigarrillo; luego, cuando se disponía conversar un

poco con Margaret, una silueta femenina se acercó a ellos.

—¿Puedo sentarme? Las demás mesas están ocupadas.

Era la pelirroja.

Richard se percató del autodominio que poseía Margaret al verla sonreír, sabiendo que, sin embargo, aquella muchacha no le era nada simpática.

—¡Naturalmente! —exclamó la muchacha.

—Gracias —contestó la pelirroja.

Al verla ahora, de cerca, Reid se dio cuenta da que era hermosísima, aunque seguía habiendo algo en Margaret, quizá su sencillez y su falta de afectación, que no dejaba de atraerle, venciendo en enanas comparaciones hacía incluso con la pelirroja.

Ésta, mientras tanto, había pedido una bebida encendió un cigarrillo, mostrándose completamente serena, cosa que no dejó de llamar la atención al gente de la SIP.

Y queriendo salir de dudas, dijo, sonriéndola:

—Yo no estaría así si me hubieran robado…

—¿Tanta importancia puede tener para un hombre unas cuantas joyas?

Sin dejar de sonreír, Reid repuso, de excelente rumor, en apariencia:

—¿Llama usted «un montón», de joyas a algo que está valorado en doscientos millones de créditos?

La muchacha frunció el entrecejo, sin dejar de mirarle.

En seguida dijo:

—Está usted muy enterado, señor…

—Me llamo Richard Reid.

—¿Es usted, policía, señor Reid?

¡Cuidado, Richard!

—No. Oí lo de la cifra en una conversación, mientras bailaba.

Intervino Margaret con una sonrisa deliciosa.

—Se lo dije yo, querida.

—¡Ali, ya recuerdo! Usted, señorita Sullivan, estaba conmigo ante la ventanilla del seguro, ¿no es cierto?

—¡Excelente memoria, amiga mía!

—Sí, la tengo muy buena —se volvió hacia el joven—. Respecto a lo que estábamos hablando, he de decirle que lo lamento, ¿cómo no iba a sentirlo? Pero no tanto como para echarme a llorar como

han hecho algunas, sabiendo, como lo sabíamos todos, que el robo iba a repetirse.

—Comprendo, en cierto modo —dijo Reid—, que no sea una catástrofe para nadie la pérdida de las joyas, ya que la Compañía pagará el seguro. Pero, de todos modos, no irá usted a decirme, señorita, que no habría algunas cuyo valor, no material, sino de recuerdo o sentimental, fuese superior al que van a recibir por el seguro.

—Es verdad; pero —y su sonrisa se hizo maliciosa—, por mi parte, ya tuve cuidado de escoger aquellas que, aun valiendo mucho, no constituían para mí recuerdo alguno.

—¡Muy lista! —exclamó Margaret, sin poderse contener.

—¿Es que usted no lo hizo, querida? —inquirió la otra, con el mismo tono.

—No… Desdichadamente. Los pendientes y el collar, así como lo que me han dejado, es un recuerdo muy bueno para mí, regalo de mi padre en una ocasión que no olvidaré nunca.

—¿Y le han dejado algo? ¡Qué amables!

—No lo vieron —dijo Reid— porque yo tenía la muñeca de la señorita en mi mano.

La pelirroja parpadeó.

—¡Qué interesante!

Margaret se mordió los labios; después, levantándose, se despidió.

—Les ruego me perdonen. Voy a volver a mi cabina… y cenaré allí.

Reid se levantó, como intentando acompañarla; pero ella, con un gesto, le detuvo.

—No, no es necesario, amigo mío. Hasta pronto.

Hizo un ligero y vago ademán con la cabeza, destinado a la otra, y se alejó, desapareciendo poco después por una de las puertas laterales.

—¡Tiene carácter! —exclamó la pelirroja.

—Si: es una mujer muy entera. Puedo decírselo, categóricamente, porque he podido comprobarlo plenamente.

Le miró divertida.

Y antes de que pudiese él darse cuenta de lo que había dicho y que podía interpretarse de muchos modos, preguntó, con cierta

malicia.

—¿Le ha dicho que no?

Sin saber por qué, Richard sintió que aquella muchacha era muy poco agradable y nada simpática. Su cinismo, la mayor parte de las veces fuera de lugar, le enojaba.

Por eso no contestó, como si no hubiera oído nada. Prefirió cambiar de tema.

—Quizá sea lamentable para muchos que los ladrones hayan operado tan pronto —dijo—. Así no habrá más diversiones emocionantes durante el resto de la travesía.

Rita Wells se encogió de hombros.

—¡Bah! Una vez experimentada la emoción, es como algo que se conociese y que no hiciera ya gracia.

Charlaron de cosas intrascendentes, y Reid se alegró de que llegase la hora de cenar, pues con un pretexto como el utilizado por Margaret, logró evadirse de la compañía de aquella vampiresa, alegando que no se encontraba bien y que había pensado cenar en su cabina.

Y, en efecto, así lo hizo.

Se acostó después, sabiendo que no podía, como le hubiera gustado, dar una vuelta de inspección por la nave, el papel que Callowan le había asignado se lo impedía.

Pero no pudo dormir.

Se estaba dando cuenta de que el problema iba a ser mucho más arduo de lo que había pensado en un principio. Y pensando en muchas cosas, de las que no entendía ninguna, terminó por dejarse arrastrar por una especie de ligero sopor, que se pobló de pesadillas sin cuento, lo que hizo que pasase una noche verdaderamente desagradable.

* * *

Estaban llegando a Venus.

Desde el mirador de proa, destinado a los viajeros de primera clase, Richard, con Margaret al lado, miraba al planeta vespertino, rodeado de su densa atmósfera, que iba aumentando de tamaño, hasta ocupar, casi por completo, el horizonte visible.

—¿Es la primera vea que viene usted a Venus? —inquirió ella.

—Sí.

—Voy a aconsejarle entonces un hotel donde estará muy bien.

Richard preguntó:

—¿Cuál?

—El «Atlanta». Está muy bien situado, en uno de los mejores sitios de Venusville, en un barrio tranquilo, y, al mismo tiempo, en el centro de la ciudad.

—¿Va usted a él?

—Sí —sonrió—. Pero no estaré mucho tiempo en el «Atlanta», ya que saldré inmediatamente a visitar a los clientes de mi padre. Es posible que nos veamos cuando regrese, dentro de una semana.

—No sé si estaré aún en Venus.

—¿Va a volver enseguida?

—Es muy posible. Mi intención era la de tomar el «Spacius» dentro de tres o cuatro días.

—¡Un viaje precipitado, en verdad!

—Pero he dicho antes que «era» mi intención.

La sonrisa se acentuó en los labios de ella.

—¿Ha cambiado de parecer?

—Puede ser.

—No habrá olvidado mis consejos del otro día, ¿verdad?

El rostro de Richard se ensombreció.

—No, no lo he olvidado, señorita Sullivan; aunque no creo que sea cosa de recordarlo a cada instante.

—Perdone, pero quizá sea una obsesión mía: quiero que alguien que aprecio, como amigo, se sobreentiende, no de jamás el paso que haría que nuestra amistad se viniese ruidosamente abajo.

—Muchas gracias por la advertencia.

—¿Se ha enfadado?

—¡De ningún modo! —Y acercándose a ella—: Escuche, Margaret: la considero como una muchacha deliciosa, una chica excepcional en muchísimos aspectos. Quizá un día pudiera experimentar algo distinto hacia usted, todo entra dentro de lo posible. Pero le prometo seriamente que el día que esto se produzca, si se produce, le avisaré con tiempo suficiente para que no le coja de sorpresa. ¿Satisfecha?

Ella le sonrió de nuevo, más sinceramente que nunca.

—Es usted un verdadero amigo, Richard.

—Me alegro de que me considere así.

Y se volvieron, contemplando el planeta que parecía estar junto a ellos.

Momentos más tarde, sin que experimentaran nada, gracias al campo magnético de que iba provista la astronave, las primeras capas de nubes densas envolvieron al «Spacius», haciendo inútil la permanencia allí de los dos jóvenes.

Volvieron juntos hacia el salón, donde ocuparon una mesa.

Y cuando les hubieron servido el té que habían pedido, la joven advirtió.

—Ha de tener cuidado en Venusville, Richard.

—¿Por qué?

—Es una ciudad primitiva.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que no ha llegado aún a ella la civilización de nuestras viejas ciudades y que, a veces, no es agradable pasearse por ciertos sitios por la noche.

—¿De veras?

—Sí. Pero —añadió con una sonrisa—, me olvidaba que estaba hablando desde el punto de vista de mujer. Para un hombre, supongo, será diferente.

Y como él no dijese nada.

—¿Ha oído hablar del Soho londinense?

—Sí, pero eso no es más que un recuerdo, una curiosidad histórica.

—Lo sé. No es así, por el contrario, el «Cantón» de Venusville.

—¿«Cantón»?

—Sí. Así llaman a un barrio, al sur de la ciudad, donde se han reunido los elementos más indeseables de la ciudad.

—¿Y la policía?

—Ya sabe usted lo que ocurre en los nuevos planetas y en sus recientes ciudades. La Policía se limita a salvaguardar los intereses de los poderosos, encogiéndose de hombros ante lo que pueda ocurrir en sitios como «Cantón».

»Es seguro que alguna organización de turismo le invite a dar una vuelta por esa parte inquietante de la ciudad. Igual me ocurrió a mí la primera vez que vine a Venus.

—¿Y fue?

—Sí. Claro que esas visitas son como las que se hacían, hace

muchos años, al Soho de Londres o a ciertos lugares de Paris: un ambiente falso responde a lo que los inocentes turistas toman por realidad inexistente, aunque ésta exista de verdad.

—Muy interesante.

—Sí, en cierto modo. Si nos vemos de nuevo, Richard, ya me contará usted la impresión que saca de «Cantón».

—De acuerdo.

El altavoz hizo saber a los viajeros que podían ir preparando sus equipajes, pues el aterrizaje era inminente.

Margaret se levantó.

—Bueno, Richard. Ha llegado el momento de decirnos adiós.

—¿Adiós? ¿No le parece mejor un sincero hasta la vista?

—Bien. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

La vio alejarse y experimentó, sin poderlo evitar, una extraña sensación, que no hubiera deseado en modo alguno.

No, no podía permitirse un «lujo» como aquél.

Estaba de servicio; era un agente de la SIP y se debía por entero a su trabajo.

Sonrió tristemente.

—¡Camarero! —llamó.

Pagó el importe de las consumiciones y se levantó, dirigiéndose hacia la cabina para preparar su equipaje. Mientras lo hacía, no pudo evitar el pensar en aquel curioso barrio de «Cantón», llegando a la conclusión de que se necesitaba muy poco para avivar la exaltación de una joven como Margaret Sullivan.

Capítulo V

UANDO terminó de enviar un mensaje en clave a Callowan, completando los que ya había remitido desde el «Spacius», Reid salió al hall del hotel, contemplando con agrado el animado aspecto que reinaba, allí.

No se había equivocado Margaret al calificar al «Atlanta» como un excelente hotel. Desde que había llegado allí, Richard se dio cuenca de que el lugar estaba bien elegido y perfectamente situado, defendido del tráfico de las grandes avenidas por un extenso parque que hacía que, sin dejar de estar en el mismísimo centro de la ciudad, pudiera considerarse al hotel como aislado, en una especie de isla de paz y de silencio.

El día había pasado para el agente de la SIP bastante rápido, ya que le empleó bastante tiempo el redactar el extenso informe que había enviado a Callowan.

Ahora, sentado en el bar del hotel, reflexionaba, llegando a la conclusión de que nada positivo se había conseguido en el caso. El misterio del robo seguía en pie y nada hacía prever que se encontrase la más pequeña pista que condujese a su esclarecimiento.

¿De qué iba a servirle a Callowan el control de aquellos

segundos de tiempo, señalados por el cronógrafo de Reid, si él no era capaz de concebir que en tan poco tiempo hubieran hecho los ladrones una operación tan complicada?

Se encogió de hombros:

Nada iba a sacar, por el momento, rompiéndose la cabeza.

—Señorita…

La voz sonó detrás de él, ya que el respaldo de su asiento se prolongaba hacia arriba, formando una especie de artístico biombo, especie de reservado dentro del gran bar del hotel.

—¿Diga?

Sólo entonces se sintió interesado, en cierto modo, ya que la voz que acababa de contestar a la primera —completamente desconocida para él—, era la de la pelirroja.

—¿Es usted la señorita Rita Wells?

Ésta asintió:

—¿Podría sentarme unos instantes? Tengo que decirle algo de la mayor importancia.

Hubo un corto silencio y Richard comprendió que la muchacha estaba dudando ante la audacia del otro, seguramente un conquistador de tres al cuarto.

Luego oyó decir a la chica.

—Siéntese, pero sea breve.

Se escuchó el ruido del hombre al sentarse en el sofá, al lado de la joven. Después, con un tono de voz un tanto irónico, dijo:

—No es nada de lo que se imagina, señorita: yo no vengo con más propósito que el que hablarle de las joyas…

Había ido bajando la voz, y Richard se echó hacia atrás, apoyando la nuca sobre el respaldo del sofá, dispuesto a no dejar escapar ni una sola palabra.

Una excitación extraordinaria se había apoderado de él al pensar que, como suele ocurrir tantas veces, una pista surge en el momento en que menos se espera.

¿Sería ahora algo así?

Tampoco había contestado la pelirroja enseguida a las palabras de su misterioso interlocutor.

Luego dijo, preguntando:

—¿De qué joyas va usted a hablarme?

—No hable tan alto, señorita; sería peligroso si nos oyesen. Esos

bandidos tienen hombres por todas partes.

—¡Ah! —El tono de la voz de ella descendía una octava— Se trata, por lo visto, de las joyas robadas durante el viaje, ¿no es eso?

—En efecto.

—¿Y qué puede usted decirme respecto a ellas?

—Se dónde están y cómo podría recuperarlas.

—¿Todas?

—Las suyas. Creo saber que usted fue quien llevaba más cantidad.

—Es verdad.

—Pues bien. ¡Pueden volver a ser suyas, señorita!

Hizo una pausa; luego prosiguió:

—Naturalmente… con la condición de pagar mi trabajo, que, le aseguro, no ha sido nada fácil.

—¿Cuánto quiere?

—Cien mil.

Fue como si Richard, que no perdía, palabra, recibiese un impacto directo.

¿Cien mil créditos por unas joyas que estaban valoradas en doscientos millones?

¿Estaba loco aquel tipo o era un simulador que tomaba por tontos a los demás?

Naturalmente, la muchacha también se había extrañado de una petición tan modesta.

—¿Puedo saber por qué pide usted tan poco dinero? ¿Sabe lo que valen?

—Sí. Usted las aseguró por doscientos millones, señorita Wells: lo he oído decir. Pero yo soy un pobre hombre que, gracias a una casualidad, ha sabido dónde se encuentran las joyas, las suyas. Lo vi por azar y no quiero abusar de mi suerte: con cien mil créditos estaré satisfecho.

—No lo comprendo. La Compañía le hubiera dado, cinco veces más si se hubiera presentado a ella.

—Ya lo sé, pero todo se hubiera vuelto terriblemente complicado y yo deseo vivir tranquilo. La Policía, la SIP, la Prensa, la Televisión, todos me hubieran preguntado, fotografiado…, y entonces, señorita, de nada me hubiera servido la recompensa, porque no hubiese vivido el suficiente tiempo para disfrutar de ella.

—Comprendo.

—He escogido, le aseguro, la solución más sencilla y normal: yo le hago un favor a usted y usted me lo hace a mí. Nadie debe enterarse, ya que ambos quedaremos satisfechos. ¿No le parece?

Se oyó una risita de la muchacha.

—Si todos los hombres fueran —dijo— tan limitadamente ambiciosos como usted, las cosas no andarían tan mal.

Después, ella manifestó:

—De acuerdo, amigo. ¿Dónde están las joyas?

—Ha de venir conmigo, señorita. Yo no puedo volver aquí. Tomaremos un taxi e iremos al sitio, yo entraré solo, pues no hace falta que usted lo haga. ¿Lleva el dinero consigo?

—Sí.

—Entonces, cuando quiera.

Se oyó levantarse al hombre y después de unos segundos a la joven, que llamó antes al camarero para pagar lo que había tomado.

Richard les imitó.

Estaba dispuesto a no perder en modo alguno aquella pista que podía, con un poco de suerte —la misma que había tenido para escuchar la conversación desde el otro lado del diván—, llevarle hasta la banda de los ladrones de joyas.

Se imaginó la alegría de Callowan si le comunicase algo fundamental para el problema que les preocupaba. Y así, con una sonrisa en los labios, siguió de lejos a la pareja que formaban el desconocido y la pelirroja, viendo entonces que el tipo era un muchacho joven, delgado y de aspecto enfermizo.

Una vez fuera del hotel, se precipitó hacia un coche, a cuyo conductor dio la orden de seguir al que habían tomado los otros dos.

—Procure hacerlo disimuladamente —dijo.

El conductor preguntó:

—¿Policía?

—No. Esa mujer que va ahí delante es mi prometida.

El conductor no pudo evitar una sonrisa.

Luego, con tono jocoso, repuso:

—Comprendo.

No le extrañó nada al agente de la SIP ver cómo el vehículo que

precedía al suyo se alejaba del centro de la ciudad. A medida que avanzaban iba cambiando la fisonomía de las calles, que fueron haciéndose cada vez más estrechas y menos iluminadas.

—No van a ningún sitio bueno —dijo el chófer, volviéndose parcialmente.

—Lo ignoro —repuso Reid, contento de que aquel hombre le tomase por un pobre enamorado, que sufría una grave decepción—. Hemos llegado hoy de la Tierra y es la primera vez que visito Venusville.

—Ahora lo entiendo —dijo el otro, locuaz como la mayoría de los que hacían su oficio—. Estamos, entrando en el peor barrio de la ciudad: en «Cantón».

Estaba anocheciendo rápidamente y la oscuridad, por algunos de los sitios que pasaban, era ya completa, debido sobre todo a la estrechez de las lóbregas calles y a la insuficiente iluminación de muchos de los tramos.

—Se han parado allí —dijo el chófer, frenando con cierta brusquedad—. No creo que podamos acercarnos más sin despertar sospechas.

—Está bien. ¿Qué le debo?

—Ocho créditos; pero ¿no quiere que le espere?

Richard había bajado del coche y estaba junto ala portezuela, mirando al otro vehículo, del que descendían el hombre y la pelirroja.

—No, no creo que sea necesario.

—Como quiera.

Reid le dio un billete de diez créditos.

—Guarde el resto para usted y muchas gracias por todo.

—Gracias a usted, señor —sonrió el conductor ante la buena propina que acababa de recibir; luego, con un tono sincero en la voz—. Tenga mucho cuidado, caballero: estos lugares no son nada recomendables.

—Lo tendré.

Y se alejó, rozando la fachada de las casas, avanzando prudentemente hacia los otros dos que, habiendo despedido igualmente el coche, seguían un camino tortuoso, una callejuela cuya estrechez no hubiera permitido el paso del vehículo.

Los tacones de la pelirroja resonaban fuertemente, y el eco multiplicaba el ruido de sus ligeros pasos.

Richard no pudo de dejar de admirar la valentía de aquella muchacha que se confiaba de aquella manera a un desconocido que muy bien hubiese podido engañarla, atrayéndola hacia una trampa.

Pero, razonando con más justeza, el agente se dijo que ella debía desear, a pesar de lo que manifestó en la astronave, recuperar sus joyas. Era indudable que había hablado de aquella forma un tanto áspera porque Margaret estaba a su lado y no puede haber paz posible cuando dos mujeres hermosas discuten o hablan ante un hombre.

Sonrió.

En aquellos momentos no podía permitirse el lujo de pensar en Margaret, pero la sola idea de su existencia le llenaba de gozo, ya que desde el primer momento se había sentido fuertemente atraído hacia ella.

Pero su atención debía ceñirse a lo que pasaba ante él. Y así, no perdiendo de vista a los que le precedían y manteniéndose pegado siempre a la zona sombría de las fachadas, vio que la pareja se detenía ante una puerta y se ponían a hablar.

No pudo entender nada, puesto que sólo le llegaba el apagado murmullo de la conversación que sostenían. De todos modos, y viendo los ademanes del hombre, pensó que él trataba de convencer a la muchacha de alguna cosa. Ella negó con la cabeza, dos veces consecutivas y, decidida a alejarse de allí, se separó del desconocido.

Fue entonces cuando las cosas comenzaron a agriarse.

El desconocido, al ver que la pelirroja se alejaba, corrió hacia ella, cogiéndola por un brazo. Richard pudo ver entonces que el hombre había sacado una pistola, cuyo brillo acerado, reflejado por la luz de un farol, llegó hasta él.

Maldijo el, qué Callowan le hubiera impuesto el viajar sin armas, de modo a no despertar sospechas si era registrado, cosa que podía suceder como en el viaje anterior, en que todo el mundo lo fue para intentar buscar las joyas robadas.

Pero, de todos modos, no temía a un hombre, aunque éste estuviese armado. La estancia en la Escuela de la Spacial International Police, en Washington, le había permitido aprender cosas que podían servir ante cualquier amenaza.

Avanzó rápidamente, dispuesto a intervenir y defender a la muchacha.

Pero no lo hizo con la suficiente presteza, ya que cuando llegó al lugar, los dos jóvenes habían desaparecido por la puerta, ante la que se detuvieron instantes antes.

Parándose allí, Richard comprobó que la puerta era demasiado sólida para abrirla por la fuerza, no pudiendo hacerlo de otro modo, ya que no llevaba tampoco el material necesario para forzarla.

Sin embargo, no se desesperó.

Momentos después, tras tantear la vieja fachada, lograba encontrar una arista horizontal, a la que subió, dando luego un salto elástico que le permitió afianzarse en el arco que sujetaba el único farol existente allí.

Colocándose a caballo sobre él, buscó afanosamente una ventana, viendo que debía moverse por una estrechísima cornisa para llegar a una abertura que, a pesar de la oscuridad que reinaba por allí arriba, vio que estaba abierta.

Lo hizo.

Hubo un momento, cuando colocó los pies sobre la cornisa, que creyó que no llegaría jamás hasta el ventanuco; pero, gracias a la estabilidad y al juego armónico de sus potentes músculos, consiguió avanzar los dos pasos necesarios, dando después un nuevo salto que le permitió, en última estancia, y cuando ya parecía que fallaría, alcanzar el borde del ventanuco, por el que penetró, sin dudarlo, merced a una flexión completa del cuerpo, digna de un gimnasta de primera categoría.

Tenía que caer de bruces, pero su cuerpo elástico giró en el aire, logrando caer en cuclillas, posición en la que cualquier altura deja de ser grave, gracias al estado de las piernas, que juegan un papel de resorte, amortiguando el golpe.

Richard había conseguido entrar en la casa.

No produjo demasiado estrépito, aunque tampoco fue silenciosa su entrada en la casa.

Por eso, con los nervios tensos, esperó unos instantes, hasta comprobar que el silencio que le rodeaba no era alterado por nada.

Luego se incorporó.

Avanzando con cuidado, se percató de que había caído en el rellano estrecho de una escalera de madera. Y cuando pudo calcular las dimensiones del mismo, se estremeció al pensar que unos centímetros más le hubieran hecho caer sobre el borda de uno

de los desgastados escalones, precipitándole hacia abajo, donde lo hubiese pasado mal para evitar el romperse la cabeza contra la pared, ya que la escalera formaba una cerrada curva un poco más abajo.

Descendió, lenta y silenciosamente, llegando a una especie de pasillo. Casi enseguida se dio cuenta de que había una luz al fondo, en uno de los ventanucos que daban, con toda seguridad, a los cuartos situados en el piso inferior.

Avanzó con cuidado, procurando que el suelo no gimiese bajo sus zapatos con suela de fieltro. Así, poco a poco, llegó ante el ventanuco, teniéndose que tender en el suelo para mirar al interior y comprobando al mismo tiempo que no había cristal alguno.

¡No se había equivocado!

La pelirroja estaba allí, con cara de susto, sentada en una silla, único mueble que había en la estancia. El joven también estaba allí, a un lado.

Y dos hombres más, uno de ellos bajito, con aspecto de gorila, pero elegantemente vestido, que era el que ahora se dirigía a la muchacha.

—¿Así que te interesaba recuperar tus joyas, eh?

—Si.

—¡Qué graciosa! Desde luego, tienes mucho mejor humor de lo que yo pensaba.

—Puede ser.

Richard notó que la joven iba recuperando su sangre fría y que una sonrisa irónica entreabría sus hermosos labios.

De repente, el hombre de tipo de gorila estalló, colérico:

—¡Bruja! ¡Más que bruja! ¿Es que quieres seguir ocultando que todas tus joyas eran falsas?

Reid se estremeció de pies a cabeza.

Pero la pelirroja, sin parecer asustarse por el tono de voz del otro, repuso:

—No he negado nada, amigo…

—¡No me llames amigo!

Rita se encogió de hombros.

—Cada uno —dijo, con tranquila frialdad— hace su negocio. El mío era el de aprovecharme del Seguro de la Compañía.

—¡Ya lo sé! Pero estropeaste nuestro negocio, ya que

calculábamos las ganancias creyendo que todas las joyas eran buenas.

—Lo lamento.

Si otro se volvió, mirando al hombre que tenía al lado.

—¿Oyes bien lo que dice, Oster? ¡La señorita, lo lamenta! ¡Lo siente! ¡Pero ella va a percibir doscientos millones de la Compañía por un montón de cristales que, en total, apenas si valen mil créditos!

—Déjamela, Fred…, yo le daré una lección que no olvidará nunca.

—¡Espera!

Y después de una pausa, mirando fijamente a la muchacha.

—Quizá —dijo, en voz baja— puedan arreglarse las cosas de otro modo. La chica es lista y eso me gusta… Podría influir para que el viaje de regreso del «Spacius» nos nivelase un poco las pérdidas, siempre que esté dispuesta a darnos una parte de lo que va a cobrar.

—¿Qué quiere decir? —inquirió ella.

—Esto: tienes dos soluciones y no vamos a perder el tiempo contigo. O bien te niegas y Oster, que es un especialista en torturas refinadas, se encarga de ti, o bien colaboras.

—¿Qué clase de colaboración?

—Que consigas con tu ingenio que las damas ricas de Venus se atrevan a hacer un viaje de placer a la Tierra, llevando naturalmente sus joyas…

—Eso es fácil.

—Para ti, sí, ya lo sé. Pero hay algo más: de los doscientos millones, ciento cincuenta deben ser para nosotros.

—¿No exageras un poco?

—No. Decídete.

Ella guardó silencio.

Richard temblaba de rabia al darse cuenta de que se había preocupado por una simple aventurera, aunque, de todos modos, la pista encontrada era interesante.

—Acepto —dijo la muchacha.

Y para corroborar su tranquilidad, sacó la pitillera, encendiendo un cigarrillo.

—Creo que nos entenderemos bien —dijo después.

Y el de aspecto de gorila, con una sonrisa irónica en sus gruesos labios, exclamó:

—¡Seguro, preciosa! El jefe estará contento cuando sepa que vas a trabajar para nosotros.

Capítulo VI



SCUCHA: ¿dices que se llama Rita Wells?

—Sí.

La voz de Donald Callowan le llegaba clara y sonaba con tal claridad en el interior de la cabina que era fácil imaginarse que el jefe de la SIP estaba allí mismo.

—¿Has dicho que es pelirroja?

—Sí, señor.

—Bien. He aquí mis órdenes, por ahora. Tienes que mantenerte a su lado, ganándote su amistad como sea…, aunque tengas que jugar el papel de enamorado.

Richard no pudo evitar una sonrisa.

—Lo haré.

—Procura no perderla de vista en ningún momento, sobre todo cuando suceda lo de siempre.

—¿Es que cree usted que el robo va a producirse otra vez?

—Me lo temo.

—¿Y no podemos hacer nada por impedirlo?

—No. Por ahora, amigo mío, son ellos los que tienen las cartas en la mano. ¡Ya llegará nuestra hora, no te preocupes!

—¿Recibió usted mi informe?

—Sí. Y me alegro que pudieras controlar el tiempo.

—¿Es posible —inquirió Richard, escéptico— que haya sacado usted algo de ese dato ínfimo?

—Con un poco de paciencia —repuso Callowan— hasta los más ínfimos datos pueden proporcionar algo interesante. Pero volvamos a esa muchacha: su papel puede llegar a ser importante en la banda si todo va bien. Por eso ha de ser, durante el viaje de regreso, tu objetivo, número uno.

—Bien.

—No es lógico que, por el momento, confíen demasiado en ella: todo dependerá, pues, de cómo realice la pelirroja la primera misión que le encargarán.

—Comprendo.

—Si lo hace bien, se habrá ganado la confianza de sus nuevos amigos, y vigilándola estrechamente conseguiremos saber alguna cosa. Así que no te separes de ella en lo posible. Y en cuanto llegues aquí, después de saber dónde se aloja, vienes a verme.

Toma el primer avión que salga para Washington.

¿Entendido?

—Sí, señor.

—¡Buena suerte, Reid, y abre bien los ojos!

—Gracias, señor. Así lo haré.

Cortaron la comunicación al otro lado, y Richard permaneció aún unos instantes con el aparato en la mano. Después colgó, sin dejar de pensar, y salió de la cabina, pasando al «hall» del hotel.

El «Spacius» salía para la Tierra a la mañana siguiente.

Fue hasta el bar y pidió un whisky, ya que necesitaba algo que calmase un poco la excitación que se había apoderado de él.

Se daba cuenta del plan de Callowan y comprendía que el hallazgo de la muchacha y su conexión con la banda iba a proporcionar datos interesantes que podrían hacer avanzar el asunto hacia el desenlace lógico: el castigo de los culpables.

Quedaban, no obstante, muchísimos datos oscuros, sobre todo respecto a la misteriosa forma cómo se realizaban los robos, venciendo el potente magnetismo de la nave, que hacía imposible que otro navío se acercase a ella ni que las joyas pudieran ser lanzadas al espacio, para que alguien se apoderase de ellas.

¿Cómo podría desentrañarse aquel espantoso misterio?

Richard había vuelto, por la mañana, a la casa donde sorprendió a los de la banda. No llevaba muchas ilusiones, y la realidad le confirmó que perdía el tiempo, ya que los bandidos habían utilizado un local abandonado para interrogar a la muchacha.

Se lo había dicho a Callowan, que comprendió perfectamente que los ladrones no iban a ser tan tontos como para comprometerse de aquella manera tan tonta.

La banda debía, tener un refugio oculto, disimulado fuera, por el momento, del alcance y hasta de las sospechas de la Policía.

—¿No me invita?

Se sobresaltó, volviéndose prestamente, ya que había, reconocido la voz femenina que había sonado a su espalda.

—¡Margaret!

La joven le sonrió, encaramándose en el taburete vecino.

—¿Sorprendido?

—Agradablemente sorprendido.

—He regresado mucho antes de lo que imaginaba, lo que demuestra, sin la menor pedantería por mi parte, que soy un excelente agente de negocios.

—No hay duda.

—¿Y usted? ¿Terminó los suyos?

—El mismo día que llegué.

—Perfecto. Tampoco es usted de los que se duermen, Richard.

—Procuro no hacerlo. ¿Regresa usted entonces, a la Tierra?

—Sí.

—Me alegro.

—Yo también. Y no vaya a creer que no he pensado en usted muchas veces…

—¡Margaret!

Le miró, divertida.

Luego preguntó.

—¿Qué le ocurre, Reid?

Richard se mordió los labios. Y tras un corto silencio dijo:

—¿Cómo puede usted ser así?

—No le entiendo, Richard…

¿Para qué seguir por un camino que le estaba completamente vedado?

Como agente de la SIP, no podía perder el tiempo escuchando lo

que su corazón le decía: había un grupo de hombres riéndose a carcajadas de la Ley y su deber era perseguirlos hasta descubrirlos y hacer que pagasen sus culpas.

Lo demás no contaba ahora.

—Es mejor que no me entienda, Margaret.

Y, con habilidad, hizo que la conversación tomara un rumbo distinto.

* * *

La había visto subir a la astronave y comprendió que la primera parte de su misión había salido bien, pues vio una gran cantidad de damas de lo más elegante de la sociedad venusiana.

«Bruja» —pensó—. ¡Qué razón había tenido el llamado Fred de aplicarle aquel expresivo calificativo! Porque no era otra cosa: una mujer sin escrúpulos, dispuesta a hacer, lo que fuese para llevarse una buena porción del dinero que, en cierto modo estúpidamente, había perdido al dejarse atrapar en la trampa que la banda la tendió.

Lo tenía bien empleado.

Una vez en la nave, y cuando ésta se puso en marcha, Richard fue al salón, dirigiéndose directamente hacia la pelirroja.

—¡Hola! —La saludó, con perfecta desenvoltura.

Ella se volvió sonriéndole.

—¿Otra vez aquí?

—Ésa era la pregunta que yo debía hacerle.

—¿Por qué?

—Porque no creo que haya comprado un nuevo lote de joyas para experimentar el placer de ser robada.

Si esperaba que ella acusase el golpe, perdió el tiempo. Ninguno de los rasgos de la muchacha se alteró lo más mínimo.

Y con desparpajo contestó.

—¡Lástima que no tenga más, señor Reid! Pero hay quien las ha traído, esperando la misma emoción…

—… y la ruina de la Compañía.

—Eso no importa a nadie, a no ser que sea usted miembro de ella.

—No, ¡a Dios gracias!

—Lo comprendo.

La miró, contemplándola con cierto detenimiento.

Era preciosa, pero su belleza estaba, cargada de esencias raras, como si hubiese algo fatal en su aspecto, algo demoníaco.

—Está usted muy guapa —dijo.

—¿De verdad?

—No lo tome a broma, señorita Wells. Y lo que me extraña es que no haya nadie a su alrededor, como cuando vinimos… Merece usted ser cortejada sin, descanso.

—Es que aún no he hallado el tipo de hombre que me gusta.

—¿Es usted demasiado exigente?

—Sí, en cierto modo. Y si quiere saber qué clase de hombre me interesaría, puedo decirle que me siento atraída por los valientes, por los que no saben lo que es el miedo, por los capaces de jugarse la vida por una mujer o por un ideal.

—¡Muy interesante!

Ella había entornado los ojos, cuyas pupilas brillaban con una insólita fuerza.

—Por ejemplo —siguió diciendo, sin que su voz cambiase de tono—, yo me habría enamorado de un hombre que fuese, es un decir, agente de la Spacial International Police.

Tuvo Richard que hacer un verdadero esfuerzo para controlar su sangre fría.

¿Sabía algo aquella diabólica mujer? ¿Sospechaba algo?

De que era tremendamente lista no cabía la menor duda; pero, por otro lado, parecía completamente imposible que hubiera sido capaz de descubrir la oculta personalidad de Reid.

—¿Cree que esos hombres no conocen el miedo?

—Estoy segura que no.

—¿Ha conocido a alguno de ellos?

—No, por desgracia… pero no pierdo las esperanzas.

Richard se estremeció. ¿Una indirecta?

Mirándola, se dio cuenta de que no había en ella nada que hiciese sospechar que supiese la verdad; pero, de todos modos, ante aquella enigmática mujer, Reid se hallaba en una extraña posición.

—Lamento —dijo él— no caber en esas estrechas medidas que usted necesita. Yo no soy más que un pobre comerciante, de segunda categoría, que, como todos los hombres, conoce el miedo.

La sonrisa de ella se amplió.

—No lo sé… —musitó, en un tono de voz estremecedor—. Pero, de todas maneras, y hablando con completa franqueza, es usted, de todos los que hay aquí, el único hombre que podría llegar a interesarme.

—¿No se burla de mí?

—En absoluto.

Había como un nudo en la garganta del muchachto. Porque, por encima de su deber, no podía sustraerse, en modo alguno, a la atracción diabólica que aquella mujer ejercía sobre él.

Ni siquiera el pensamiento de Margaret, infinitamente más deliciosa y normal, lograba separarle de la corriente emotiva que le arrastraba hacia Rita Wells.

—¿Quiere cenar conmigo? —inquirió.

—¡Naturalmente! Y luego bailaremos, porque ya se ha organizado una hermosa fiesta.

—¿Otra vez?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no comprendo cómo las damas de Venus desean que les roben tan pronto.

Ella dejó oír una risa que era como una cascada de cristal.

—Es lógico, amigo mío, que no comprenda usted a las mujeres: somos enigmas, y hasta nosotras mismas sufrimos por entendernos. Pero ¿por qué no nos tuteamos?

Él vaciló un instante.

Pero enseguida repuso:

—Como quieras, Rita.

—Así me gusta más, Richard.

* * *

Bailaban…

Richard había visto un par de veces a Margaret, que le miró a su vez, con una espantosa ironía en los ojos.

Se maldijo, pero no podía dejar de obedecer las órdenes que había recibido. Y fue entonces, cuando tenía a la pelirroja en los brazos, que comprendió con una claridad meridiana que estaba locamente enamorado de Margaret y que, al mismo tiempo, era más que probable que la hubiera perdido para siempre.

Tuvo que esforzarse por contestar a las preguntas que su pareja le hacía, mirando de vez en cuando a Margaret que, sentada ante una mesa, charlaba con un par de jóvenes de la alta sociedad de Venus.

¡Con qué ganas los habría estrangulado!

—Bailas muy bien, Richard…

—Tú sí que lo haces maravillosamente bien.

—¡No seas adulador!

—No lo soy.

Siguieron danzando ininterrumpidamente.

Richard hacia enormes esfuerzos por mantenerse «alerta». Estaba casi seguro de que el robo no tardaría en producirse y deseaba controlar el tiempo, como la otra vez, no dejando de vigilar tampoco a la pelirroja, que, en cierto modo, debería intervenir en la acción de los bandidos.

Pero no sucedió nada.

Cansados de bailar, los dos jóvenes fueron a sentarse, aprovechando al mismo tiempo un descanso de la orquesta.

La fiesta no había llegado aún a su máxima intensidad.

—¿Qué bebes?

—¡Un Martin! —repuso ella.

Pidió lo de la muchacha, solicitando un «whisky» para él. Después miró hacia la mesa en que se hallaba Margaret.

Ahora estaba sola.

Se cruzaron sus miradas, pero él se dio cuenta de que la de la joven estaba vacía de amistad y de interés, y que se había posado sobre él como lo habría hecho sobre un desconocido.

Margaret se levantó y Richard no pudo contenerse más.

—¿Permites un momento, Rita?

—¡Naturalmente!

—Voy a mi cabina. Volveré enseguida.

—Bien.

Atravesó el salón, saliendo por la puerta por la que Margaret lo había hecho momentos antes. Y, al atravesar el umbral, la vio penetrar en el salón de peluquería, situado a la derecha, al fondo del iluminado pasillo.

¡Tenía que hablarle!

Aunque no fuera más que un instante, lo suficiente, empero,

para que ella supiese que la hermosa amistad que había nacido entre ellos no se había perdido en modo alguno.

Se acercó a la puerta, viendo la silueta de la joven y la de la peluquera.

Margaret se sentaba en aquel momento, y la empleada ponía sobre su cabeza el complejo aparato electrónico que había reemplazado a los viejos y desusados secadores de antaño.

No pudo más.

Sabía que iba a hacer el ridículo, pero penetró en la estancia, sonriendo forzadamente.

La empleada se volvió y Richard le guiñó el ojo, haciendo una seña hacia Margaret, de la que no se veía más que medio cuerpo, puesto que la máquina le cubría, por detrás, hasta casi la cintura.

La empleada sonrió ampliamente cuando Richard le colocó, delicadamente un billete de cincuenta créditos en la mano. Después avanzó y tomó asiento en el sillón que había al lado de la muchacha, colocándose bajo otro brillante armatoste.

La joven debió ver los pantalones y los zapatos de él de reojo, y se volvió, entre sorprendida y divertida.

Pero frunció el entrecejo al darse cuenta de quién se trataba.

—¡Hola!

—Pierde el tiempo, Reid.

—Quería decirle…

—Pierde el tiempo, Reid. Y crea que me importa poco que dedique su atención a sus nuevas amistades. Es, en mí, una cuestión de principio.

—Pero…

—¡Déjeme en paz!

Y fue en aquel momento cuando volviendo un poco la cabeza, dentro siempre del aparato, Richard vio que la peluquera se quedaba inmóvil, como hipnotizada, con los ojos desmesuradamente abiertos.

¡Comprendió lo que ocurría y por qué no sufría él aquellos efectos!

Margaret, realmente enfadada, se disponía a abandonar el sillón.

Y Richard, aterrado, gritó:

—¡No se mueva, Margaret!

—¡Déjeme tranquila, por favor!

Sacó la cabeza y se quedó tan inmóvil como la peluquera, con los ojos muy abiertos, como si estuviese sorprendida.

¡El extraño poder se había hecho dueño de ella!

Capítulo VII

EID no sabía qué hacer.

Comprendiendo la importancia de lo que le ocurría y la enorme suerte, que había tenido, se acomodó aún mejor en su asiento, colocando la cabeza bajo aquel aparato que le había protegido estupendamente de la acción del misterioso influjo que los bandidos utilizaban para sus audaces robos.

Miró su reloj.

Eran las ocho y quince, mucho más temprano que la otra vez.

Pensó en la gran suerte que sería que aquel casco fuera movible, ya que le habría permitido ir hasta el salón y sorprender a los que debían de estar apoderándose de las joyas de los viajeros.

Pero no podía hacer hada.

Le bastaba recordar lo que le había ocurrido a Margaret, con sólo asomar la cabeza fuera del casco.

A lo lejos oyó pasos de personas que corrían por los pasillos.

Miró nuevamente el reloj.

¡Hablan pasado diez minutos!

¿Cómo era posible?

Estaba tan seguro como Callowan de que el robo se desarrollaba a una velocidad increíble y ahora resultaba que habían pasado diez

minutos.

¿Entonces?

Era para volverse loco… a menos que la intervención de la pelirroja, con su inexperiencia, hubiera retardado la marcha del «trabajo».

¡¡La pelirroja!!

Se daba cuenta de que no había cumplido con su deber y que se alejó de ella en el momento en que hubiera debido estar a su lado, vigilándola, como le había ordenado Callowan.

¡Imbécil! ¡Más que imbécil!

Merecía cualquier cosa, no importa qué castigo, por dejarse arrastrar por algo que un agente de la SIP debe evitar a toda costa.

¡Y ahora no podía hacer nada!

Sin separar la mirada del reloj, se percató con asombro de que los minutos seguían pasando lentamente y que ya hacía casi media hora que la cosa había empezado.

Y, de repente, escuchó la voz de Margaret.

—¡No quiero verle más, señor Reid!

Fue como una ducha fría.

La peluquera y Margaret habían vuelto de su marasmo.

Comprobó que habían pasado treinta y nueve minutos.

Saltó del sillón y corrió, adelantando a Margaret, que le miró con asombro.

Luego penetró en el salón.

Como esperaba, se oían los chillidos y exclamaciones de las damas que acababan de ser robadas.

Pero había más…

La pelirroja estaba en el suelo, en medio de un charco de sangre, moviéndose aún un poco.

—¡Dios mío! —exclamó.

Se arrodilló junto a la hermosa muchacha, comprendiendo entonces la horrible jugarreta que le habían hecho los de la banda, sabiendo que podían matarla mientras estaba en aquella semiinconsciencia que habían padecido todos.

¡Todos menos él!

Él, que no había podido hacer nada, bajo aquel ridículo aparato de la peluquería, donde había ido a parar olvidando su sagrado deber y las órdenes que su jefe le había dado.

Cogió la muñeca de la muchacha, sintiendo aún el débil latido del pulso, que iba haciéndose cada vez más lento.

—¡Un médico! —gritó alguien—. ¡Llamad a un médico!

Pero Richard sabía que ya todo era inútil.

Rita abrió los ojos, fijándolos en el joven. Luego, merced a un esfuerzo tremendo, le sonrió.

El cuchillo seguía clavado en su pecho, pero Reid no se atrevía a tocarlo, sabiendo que la muerte se produciría en cuanto lo hiciese.

—¡Va a venir el médico, Rita! ¡Te curarás!

La sonrisa se entreabrió y los ojos, de golpe, perdieron mucho del brillo que tenían…

—Yo… —balbució ella; después, cogiendo fuerza, con las últimas energías que le quedaban— yo… —repitió—… sin interés posible.

Su cabeza cayó, a un lado. Había muerto.

Horrorizado, Richard se puso en pie, mirando el cuerpo de aquella hermosa muchacha, con los ojos dilatados como platos.

Las palabras de ella silbaban con furia en su cerebro.

«… Sin interés posible…».

¡La contraseña, una de ellas preparada para que los agentes se relacionasen entre ellos!

«Sin interés posible…».

Tres palabras, cuyas primeras letras formaban las iniciales de la más famosa organización policíaca del universo.

¡SIP!

«… Sin Interés Posible…».

¡La pelirroja era un agente de Donald Callowan!

* * *

No se atrevía a levantar la cabeza.

Frente a él, Callowan tenía un rostro severo y no dejaba de hacer extraños dibujos sobre el papel que tenía sobre la mesa:

—Fue una torpeza, Reid; una tremenda torpeza.

—Lo sé, señor…, y espero un merecido castigo.

Callowan se encogió de hombros.

—¿Es que has tomado la SIP como una escuela y crees que voy a ponerte de rodillas o dejarte sin recreo?

—Perdone.

La voz de Donald tomó un tono profundo.

—Me destroza el corazón la pérdida de un agente, y Rita era una de mis preferidas. Pero la vida en el Servicio es eso: peligro, muerte, sufrimiento.

—¡Yo tuve la culpa!

—No digas estupideces, muchacho. De haber estado a su lado, no hubieses podido evitar que la matasen. Fui yo quien calculé mal las ideas de esos canallas, ya, que los creía incapaces de llegar hasta el crimen. Ahora que los conozco, la cosa cambia.

—¿Por qué?

—Porque no habrá piedad para ninguno de ellos.

Y no es que comprenda mucho aún de este asunto aunque tampoco estoy completamente a oscuras.

—¡Dichoso usted!

—No lo creas, Reid. Mi posición, en estos momentos, es de lo más delicada. Porque me encuentro en un cruce de caminos, hasta donde me ha llevado lo que hasta ahora sé. Y he de, elegir uno de ellos, sabiendo, por anticipado, que los otros no me llevarían a parte alguna.

—Comprendo.

—Es casi seguro que los robos continúen. Y digo «casi seguro» cuando podría haber dicho «necesario». Sí, es necesario para los ladrones que los robos sigan, ya que por ahora tienen la sartén por el mango.

—¿Cuándo cambiará nuestra suerte?

—No hay que precipitarse.

—¡Es que quiero vengar a la muchacha!

—Lo comprendo.

—¡No puedo dormir tranquilo, jefe! ¡La veo a todas horas! Y Cuando recuerdo las palabras que me dijo. Pero sabía que yo era del Servicio, ¿verdad?

—¡Naturalmente! Yo se lo dije para que estuviera más tranquila. Nos costó un poco hacer que uno de los especialistas de la SIP fabricase aquella cantidad de joyas, en un tiempo record, de forma a que pareciesen verdaderas. También costó bastante crear la falsa personalidad de Rita. Pero ella iba tranquila, sabiéndote cerca.

—¡Fiarse de una calamidad como yo!

—No digas eso: la prueba es que la seguiste hasta donde la llevó la banda, como ella esperaba.

—¿Ella lo esperaba?

—¡Pues claro! Se colocó detrás de tu sofá, sabiendo que iba a ser visitada por alguno de ellos. Y cuando estaba en aquella habitación, fue la única que te vio asomado al ventanuco.

—¿Se lo dijo a usted?

—Sí. De ahí la confianza que tenía en ti. Pero ella contaba, como yo, que la banda iba a utilizarla, teniéndote cerca por si le ocurría. Y lo que pasó, convéncete, fue fatal, ya que nadie podía evitarlo.

—¡Canallas!

—Ellos mismos se han colocado en el borde peor. Ya sabes que un robo es algo que puede solucionarse con unos años de cárcel. Pero la SIP no perdona a los asesinos. Y si la víctima es uno de los nuestros…

—¡Deje que les ponga la mano encima!

—Ya tendrás ocasión, si ellos no se te anticipan.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que esta vez tu papel va, a ser peliagudo, ya que te están preparando un casco especial, de forma a que puedas moverte por la nave en el momento del robo. Y esta vez irás armado.

—Bien. ¡Ardo en deseos de estar en el «Spacius»!

* * *

¿Cómo era posible que contuviese la rabia que le quemaba las entrañas?

Había cambiado de nombre y ahora se llamaba Harry.

Tampoco era igual su aspecto; ahora llevaba una peluca negra, bajo la que le habían colocado un casco finísimo, cuyos cables descendían por su cuello, simulados por estar pegados a la carne, conectándose después con unas pilas magnéticas que llevaba en el cuerpo.

Quizás un observador de primera categoría hubiera notado, que su cabeza era un poco gruesa; pero tal observador habría llegado a la conclusión de que se trataba de un individuo que en su niñez debió de padecer un fuerte raquitismo.

Nada más.

Mucho más que su casco y los complejos aparatos que disimulaban sus ropas, Harry sentía, un placer enorme al sentir junto a su cuerpo la funda del «holster», donde su «Lüger» especial iba colocada, con una bala en la recámara y treinta más en el cargador incurvado que salía de su culata acerada.

Cada vez que recordaba a Rita, su mano derecha, sin poder evitarlo, penetraba en su chaqueta, como si fuese a sacar, la cartera, deteniéndose sus dedos en una larga caricia a la pistola, sintiendo que el frío del acero ponía su cuerpo en tensión, deseando, de todo corazón, que el momento de actuar llegase cuanto antes.

Como de costumbre, un grupo de mujeres ricas subió al aparato, a pesar de la campaña que la Prensa hacía, saliendo en defensa de la Compañía, cuyas pérdidas, con el pago de los seguros, amenazaban ya una ruina definitiva y sin salvación posible.

De todos modos, John Wagner, que había consultado el caso con las autoridades competentes, negándose a suspender los viajes y esperando que la SIP solucionase el caso, devolviendo las joyas a sus legítimos dueños, para que éstos reintegrasen a la Compañía del importe de los seguros abonados hasta entonces, consiguió que le permitiesen efectuar, antes de cada vuelo, un examen de las joyas para evitar que gente sin conciencia asegurase las que no tenían valor alguno.

Su hermano Charles, joyero de Nueva York, fue a Los Ángeles para encargarse de aquella tarea.

Harry examinó a cuantos subieron a la astronave, no extrañándose que Margaret no estuviese. Por una parte se alegraba, ya que, de todas formas, estaba dispuesto esta vez a dejar los asuntos sentimentales a un lado, pensando solo en vengar la muerte de su compañera.

La novedad de aquel viaje era que el dueño de la línea, señor Wagner y su esposa formaban parte del pasaje.

Ei agente de la SIP los vio entrar en el astronavío, contemplando el rostro de aquel hombre, que parecía haber envejecido diez años en las últimas semanas y que, no obstante, dando una prueba de su coraje, sonreía a los que se cruzaban a su paso y que eran «viejos y conocidos clientes» de la línea Venus-Tierra.

Richard. —Harry— procuró distraerse, o hacer como que se

distraía, bailando en las pequeñas veladas que se hicieron, ya que, otra novedad más, se había anunciado la gran fiesta para el tercer día de travesía.

Y ese día llegó.

Después de cenar y en el salón lleno, el agente se sentó ante una mesa cercana a la pista, un tanto nervioso, ya que sabía que aquella vez, lo quisiera o no, iba a conocer la verdad sobre los misteriosos robos de joyas.

El tiempo pasó lento, interminable.

Hasta que, de repente, Richard observó una inmovilidad extraña. La orquesta dejó de tocar y todos los presentes se quedaron detenidos en las posturas que adoptaban en aquel instante.

Había camareros que permanecieron con la botella, sirviendo a un cliente que, a su vez, quedó con la copa en el aire.

Los músicos permanecían con los instrumentos en la mano y una expresión iluminada en sus rostros, como si hubieran sido convertidos en estatuas.

Haciendo un esfuerzo, Richard procuró imitar a aquellos que parecían muñecos de un fantástico museo de, cera. Sin moverse apenas, sólo miraba a un lado y otro, esperando lo que iba a producirse.

De repente, se abrió la puerta del fondo, dejando pasar a un hombre delgado, con un saco a la espalda.

El hombre miró a su alrededor, con una sonrisa divertida. Llevaba un mono blanco y parecía conocer perfectamente la situación de los demás.

Un casco de tipo militar, pero más complejo, le cubría la cabeza.

Era fácil comprender que aquél era el ladrón, uno de ellos, ya que Richard esperaba que otros llegasen.

Pero nadie, lo hizo.

Y el hombre del casco empezó a cargar en su saco con las joyas de las que iba apoderándose, sin ninguna preocupación, cogiéndolas del cuello, de las orejas o de las manos de los presentes, como si estuviese desnudando de riquezas a unos simples muñeco.

¡Un trabajo sencillo y cómodo, en efecto!

Hubo un momento en que el hombre volvió la espalda a

Richard. Y éste, cogiendo la ocasión por los pelos, saltó, apoyando el cañón de la pistola en los riñones del otro.

—¡Arriba las manos, amiguito!

El otro obedeció.

Richard ordenó:

—¡Vuélvete!

Lo hizo el hombre y Richard pudo ver el brillo de odio que había en aquellas pupilas.

Luego le pareció que el otro miraba por encima de su hombro. Y estuvo a punto de volverse, intrigado.

—¡Muy listo! —exclamó— Pero es un truco muy viejo.

El otro sonrió.

Y fue en aquel momento cuando un golpe fortísimo en la cabeza le hizo ver una constelación completa de estrellas, a pesar del casco, notando que se hundía en una sima sin fondo.

Capítulo VIII



E llamaba, señor?

Callowan levantó la mirada de los periódicos que estaba leyendo y sonrió, sin entusiasmo, al joven que acababa de aparecer en el dintel de la puerta del despacho.

—Pasa y siéntate.

El agente obedeció, mirando a su jefe y después al montón de periódicos que había sobre la mesa, muchos de los cuales ya había leído en la Hemeroteca del Servicio.

Y se estremeció al recordar algunos de los editoriales, en gigantescas mayúsculas, que parecían haberse grabado en su mente:

«¿UN FRACASO DE LA SPACIAL INTERNATIONAL POLICE?»

«DONALD CALLOWAN SE DA POR VENCIDO…»

«¿SE ARCHIVARÁ EL CASO DE LOS ROBOS EN EL "SPACIUS"?»

«TRES MIL MILLONES DE CRÉDITOS EN JOYAS HAN DESAPARECIDO.»

«¿VA A QUEBRAR LA COMPAÑÍA TIERRA-VENUS?»

Así, uno tras otro, las editoriales vertían al mundo el fracaso

rotundo de la SIP ante uno de los casos más oscuros que se habían presentado jamás a los hombres encargados de defender la ley. «¿DIMITIRA CALLOWAN?». —Preguntaba otro.

Pero Callowan estaba allí, frente a él, quizás un poco cansado, pero con el mismo aspecto que siempre y con una sonrisa triste en los labios.

—Hay que buscar a Reid —dijo.

—¿Dónde, señor?

—En Venusville. Ha llegado el momento de sacarle de las garras de esos granujas.

—Perfectamente.

Donald guardó silencio unos instantes.

Después dijo:

—Hace cinco semanas que desapareció y cinco semanas que los robos han cesado, ya que nadie más ha sido lo suficientemente idiota como para arriesgar sus joyas ¡La comedia ha terminado!

Y era como si el drama persistiese: un agente muerto y otro desaparecido, y quizá muerto también.

Alex se estremeció.

—¿Cree que lo habrán matado, señor?

—No lo sé, pero estoy tentado a creer que no lo han hecho.

—¿Por qué?

—Porque es un rehén de un valor inapreciable. Creen, los muy idiotas, que mientras lo tengan en su poder nos impedirán actuar.

—¿Y dónde he de buscarle?

—Ya te lo he dicho. En Venusville.

—La ciudad es muy grande, señor.

—Lo sé. Pero no te preocupes. Antes de irte, pasarás por los laboratorios de electrónica del Servicio. Su jefe te dará algunas instrucciones técnicas.

Y es muy posible que el caso de la búsqueda sea mucuto más fácil de lo que imaginamos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que han pasado cinco semanas y que, con un poco de suerte, es posible que te sirvan a Richard con bandeja.

Alex no entendió nada, pero estaba acostumbrado a dejar que el jefe hablase su oscuro lenguaje.

Sabía que era muy importante para Callowan recuperar a Reid,

pero le extrañaba, al mismo tiempo, que el jefe de la SIP olvidase lo que la Prensa decía y no se preocupase por resolver el asunto que debía reclamar por entero su atención.

Después de recibir unas cuantas instrucciones más, el agente Alex Fulton abandonó el despacho, dirigiéndose, como le habían ordenado, a los laboratorios electrónicos del Servicio.

Seguía sin comprender nada.

* * *

Seguía, como siempre, en el fondo de aquel subterráneo.

¿Desde cuándo?

Había perdido el control y hasta la noción del tiempo, ya que el lugar donde le habían encerrado no tenía comunicación directa con el exterior y la única ventana daba a un estrecho patio, cuya altura impedía que la luz llegase hasta el fondo.

Nunca supo cómo llegó hasta allí, pero sí recordaba los primeros instantes, cuando despertó sobre una mesa, viendo varios rostros que estaban inclinados sobre él, dos de los cuales conocía: los del llamado Fred y Oster.

Los otros era la primera vez que los veía.

Había cólera en aquellas miradas y odio en las expresiones.

Hasta que Fred, rompiendo el silencio, preguntó:

—¿Eres de la SIP, verdad?

Richard se dio cuenta de que su negativa no conduciría a nada positivo, ya que de no haber pertenecido a la Spacial International Police, la muerte hubiera sido inmediata.

—Sí —repuso.

—¡Lo suponíamos! —exclamó Fred.

Y después de una pausa volvió a preguntar:

—¿Cómo conseguiste no sufrir los mismos efectos que los demás?

Ahora no contestó el agente.

Y fue en aquel momento cuando una puerta se abrió, y Richard oyó unos pasos que se acercaban. Los rostros que estaban ante él se hicieron a un lado dejando un espacio abierto en el que, a los pocos instantes, apareció un rostro delgado, de un hombre huesudo, con los cabellos escasos y canosos.

Llevaba unas gafas montadas al aire y tras los cristales, bastante

espesos, unos ojos crueles brillaban cargados de chispas.

—Me imagino cómo lo hizo —dijo, con una sonrisa sardónica.

Y apoderándose de los cabellos de Richard —de sus falsos cabellos—, tiró fuertemente, arrancándolos y dejando al descubierto el casco que los especialistas de la SIP habían colocado sobre su verdadero pelo.

—Curioso… —dijo el de los lentes.

Obró con mucho cuidado, hasta terminar por quitar al joven todo el dispositivo, que contempló con entusiasmo.

—¡Una gran habilidad, en efecto! —exclamó, después de un largo silencio. Y mirando al prisionero—. En el fondo, estúpido, te agradezco que me hayas proporcionado un aparato tan perfecto como éste. Lo llevaré a mi despacho para estudiarlo más detenidamente.

Alejóse un tanto.

Y entonces la voz de Fred se oyó una vez más.

—¿Qué hacemos con él, doctor?

—Ya veremos. Todo depende del comportamiento de Callowan. Sé que no suele lanzarse locamente a la lucha cuando uno de los suyos está en peligro… Si se muestra comedido, dejaremos que este tipo viva; si, por el contrario, ataca…

Debió hacer un gesto expresivo porque los otros estallaron en una carcajada colectiva, siniestra.

Y así había ido a parar al sótano.

No pasó nada durante la primera semana; pero, después, la puerta de su celda se abrió para dejar paso a Fred y al doctor.

El de las gafas se acercó al prisionero, sin tocarlo, examinándolo detenidamente, como si se tratase de una visita médica.

—No lo entiendo —dijo.

—¿Hay algo raro? —inquirió Fred.

El otro se encogió de hombros.

—El casco funcionaba con un mecanismo dotado de uranio puro… y estaba estropeado.

—No entiendo.

—¡Pues está clarísimo, animal! Este desdichado debe de haber cogido una dosis terrible de radiación gamma… ¡Así se preocupa Donald Callowan de los suyos! ¡Menudo pájaro de cuenta!

Y salió.

Pero, a partir de aquel momento, volvió cada día, observando al prisionero con el mismo detenimiento que de costumbre.

Richard, por su parte, tenía miedo.

Las palabras del doctor no habían dejado de impresionarle. Y aunque no culpaba directamente a los técnicos de la SIP, a los que sabía excelentes, tenía miedo de que un fatal error se hubiera producido, dejando que el aparato, tan magistralmente concebido, hubiese dejado escapar la maldita radiación.

Fue al comienzo de la quinta semana cuando las manchas aparecieron en la piel de sus brazos y piernas, acompañadas de un prurito insufrible.

Y cuando el doctor llegó, aquel día, suplicó:

—¡Sálveme, por favor! ¡Estoy enfermo!

No estaba dispuesto, no obstante, a decir nada, además nada sabía sobre la Spacial International Police ni sobre los propósitos y planes de su jefe, de los que no tenía la menor idea.

Pero deseaba que lo poco de humanidad que pudiera quedar en el corazón corrompido de aquel médico se despertase, haciendo lo posible por evitar una enfermedad espantosa.

El de las gafas examinó, con el mismo detalle de siempre, lo que el prisionero le mostraba; luego, con una sonrisa enigmática en los labios, abandonó la celda.

—¡Sálveme! —gritó Richard, desesperado.

Pero los pasos del médico se alejaron.

Siguiendo el pasillo, después de subir las escaleras que le separaban del primer piso, el doctor penetró en su amplio despacho, echando una mirada hacia la mesa, sobre la que estaba el casco de Richard, del que había sido separado el mecanismo atómico.

Sentándose en su asiento, descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Diga? —dijo una voz en el auricular.

—Soy Sharples, señor.

—¿Qué hay?

—Lo que pensábamos: ese agente de la SIP ha sido atacado por las radiaciones.

Un silencio; después, Earl Sharples preguntó:

—¿Qué podemos hacer?

—¿Usted qué cree?

—Pienso que matarlo sería lo mejor…, y lo más humano.

Earl dejó escapar una risita breve.

—No es el momento de ablandarnos, señor.

—¡Yo no me ablando! Pero considero inútil Que ese tipo sufra sin necesidad. Ya conoce usted mi manera de pensar.

—Lo sé, lo sé, señor… sin embargo…

—¿Sin embargo qué?

—Que puede ser una excelente carta para nosotros.

—No entiendo.

Earl se pasó la lengua por los labios.

Luego aventuró.

—Si la opinión mundial conociese este caso, sería el golpe fatal para el ya decaído crédito de Callowan.

—¡Es verdad!

—Como no podemos fiarnos de él, que puede estar esperando una ocasión para hacernos daño, podíamos imponerle un ultimátum, obligándole a abandonar definitivamente el caso, si es que no desea que demos publicidad a lo de su agente.

—No es mala idea.

Sharples preguntó:

—¿Me encargo de ello?

—Sí, doctor. Puede entrar en comunicación con Callowan y decirle lo que sea. Si le tenemos cogido, bien cogido, no podrá molestarnos más, aunque creo que no tiene muchas ganas de hacerlo…

—¡No se fíe! Ese hombre es verdaderamente peligroso y salta en cuanto menos se imagina uno.

—Bien. Obre a su antojo.

—Gracias.

* * *

—Una llamada de Venus, señor Callowan.

Donald ordenó:

—Pásemela, señorita.

Donald frunció el entrecejo.

Y, de repente, una voz lejana se dejó oír.

—¿Donald Callowan?

—Sí. ¿Quién es ahí?

—No importa. Y sepa que le llamo desde un lugar alejado de toda ciudad, del que me iré en cuanto oiga cualquier interferencia que demuestre que quiere usted precisar el lugar de mi llamada.

—No tema. No haré nada.

—Así me gusta. Tenemos a Richard Reid, su agente.

—Lo suponía. ¿Está bien?

—No mucho. El casco que tan ingeniosamente le colocaron ustedes estaba regido por energía atómica, ¿no es cierto?

—Sí.

—¡Pues el dispositivo de uranio falló y su agente ha recibido una dosis mortal de radiactividad gamma!

—¡Qh!

—Lo lamenta, ¿eh?

—¡Lo que quiero es que lo liberen enseguida para llevarlo a alguna clínica!

—No se moleste, «generoso»…

—¿Por qué?

—Soy médico, entre otras cosas. Y sé que su agente no tiene cura.

Donald preguntó:

—¿De veras?

—SI. Así es que no tiene que acalorarse, Pero hay otra cosa, ¿sabe lo que ocurriría si diésemos publicidad a este asunto?

Callowan no dijo nada.

—¡Se hundiría, flamante jefe de la SIP! ¡La gente no le perdonaría jamás que emplee usted a los hombres sin las debidas garantías! ¡Las familias se negarían a que sus hijos siguiesen a su servicio!

Donald asintió:

—Es cierto.

—Me alegra que lo comprenda. Así entenderá también que lo que queremos es que deje nuestro asunto tranquilo…, si es que no desea un escándalo que le hundiría por completo.

—Comprendo.

—¿Acepta, entonces?

Hubo un silencio; después Callowan contestó:

—No.

Earl se extrañó:

—¿Eh? ¿Se ha vuelto loco?

—De ninguna manera. Nunca estuve tan en mi sano juicio como ahora.

—¿Entonces?

—Lo que ocurre, banda de granujas, es que muy pronto vais a conocer el peso de la Ley. Falta muy poco para que pueda echaros el guante y entonces, os lo advierto, no habrá piedad para nadie. ¡Iréis de cabeza a la cámara electrónica!

Siguió una pausa; después, Earl, que ya había recobrado su sangre fría, exclamó:

—¡Idioteces! ¡Fanfarronadas! Sabes muy bien, Callowan, que jamás recuperarás las joyas.

—Es posible, pero no son las joyas las que irán a la cámara electrónica, sino vosotros.

—¡Eso es lo que hay que ver!

Y colgó.

* * *

Durante unos minutos, Earl permaneció con el aparato en la mano; después, colgándolo furiosamente, abandonó la alejada cabina, tomando el coche que le esperaba cerca.

Media hora más tarde, en su despacho, algo nervioso, componía el número del jefe.

Fred, cuando oyó llegar al médico, se acercó con suma cautela a la puerta del despacho, escuchando atentamente.

—¿Diga? —Se oyó por el hilo telefónico.

—Aquí, Earl.

—¿Qué hay?

—Se ha negado a admitir lo que le proponíamos.

—¿Es que se ha vuelto loco?

—Ya se lo he dicho, pero el muy imbécil, fanfarroneando, me ha dicho que pronto estaríamos detenidos.

—¡Eso es imposible!

—Lo sé, pero ya le dije a usted de abrir bien los ojos.

—No pasará nada. Tú sabes, como yo, que no puede sospechar y

que nunca encontrará las joyas.

—Lo sé.

Después, el jefe le preguntó:

—¿Y qué vas a hacer con el prisionero?

—No sé. Quizá lo mate.

—¿Es contagioso?

—Mucho.

En el pasillo, Fred se estremeció.

—Bien. Haz lo que quieras.

—Quizá lo deje, ahí dentro, para que se consuma y conozca lo que su jefe ha hecho con él: abandonarle.

—De acuerdo.

Fred, temblando de pies a cabeza, abandonó el pasillo, descendiendo apresuradamente hacia el sótano. Antes de llegar a la puerta abrió su chaqueta, sacando una enorme pistola.

Después corrió el cerrojo.

¡Tenía que matar a aquel hombre antes de que los contagiase a él y a sus amigos, que eran los encargados de llevarle la comida y de limpiar la celda!

Al oír la puerta, Richard, que estaba desesperado, se movió rápidamente hacia la derecha, lanzándose sobre Fred que, al sentirse tocado por el otro, dejó caer la pistola, lanzando un grito:

—¡Me ha tocado! ¡Me ha contagiado! —exclamó, con una indecible expresión de terror.

Richard no perdió el tiempo.

Echando a un lado al aterrorizado bandido, subió los escalones de cuatro en cuatro, viendo, en el primer rellano, una ventana que daba al exterior.

¡Era el camino de la libertad!

Y sin pensarlo más, se lanzó de cabeza, sin pensar en la altura, que no era escasa, pero que no le produjo gran daño.

Al incorporarse y lanzar una ojeada a su alrededor, Richard no dio crédito a sus ojos.

Pero, en aquel momento, sintiéndose condenado a muerte, enfermo de algo contagioso y horrible, se sintió desfallecer, aunque haciendo un esfuerzo echó a correr, deseoso de llegar a la más cercana cabina telefónica para comunicar a Callowan lo que acababa de descubrir.

¡Sin rencor!
¡Así eran los hombres de la Spacial International Police!

Capítulo IX



O pudo llamar por teléfono.

Se sentía desfallecer y corrió, arrastrándose casi, hacia las calles cercanas, apoyándose en los muros, deseando que la muerte llegase cuanto antes para liberarle de aquella espantosa agonía.

Hasta que cayó de bruces sobre la acera.

Un grupo de gente se formó a su alrededor, y mientras alguien corría a llamar a una ambulancia, otros se inclinaban, y uno de los peatones le dio la vuelta.

Richard, recobrado ya, le miró con horror.

—¡No me toque! ¡No me toque!

—Pero…

—¡Estoy enfermo! ¡Soy contagioso!

—Pero… —insistió el otro.

—¡Radiactividad!

Fue como si una bomba hubiera estallado allí mismo, en plena calle.

Se incorporó el que estaba arrodillado, y junto a los otros, salieron corriendo, cruzando la calle, sin dejar de gritar.

—¡Radiactividad!

—¡Radiactividad!

—¡Radiactividad!

Se detuvieron a lo lejos, mirando el cuerpo caído de Reid, que había quedado completamente solo.

Esperaban la ambulancia.

Pero fue un vehículo elegante el que apareció por un extremo de la avenida, deteniéndose junto a la acera, al lado del cuerpo tendido de Richard.

El ruido de los neumáticos al frenar hizo que Reid volviese ligeramente la cabeza, abriendo entonces los ojos desmesuradamente.

El ocupante del coche había bajado el cristal de la ventanilla y se asomaba, mostrando su rostro, que fue lo que hizo asombrarse al muchacho.

¡Era Margaret Sullivan!

La muchacha, al reconocerlo, también abrió los ojos, llevándose la mano enguantada a la boca. Después, decidida, bajó del vehículo, abriendo la portezuela de golpe.

—¡No! —rugió Richard.

Se detuvo, sin comprender, avanzando luego unos pasos sobre la acera.

—¡No te acerques, Margaret!

—Pero ¿por qué, Richard?

Se tuteaban como si comprendiesen las trágicas circunstancias que les habían reunido.

—¡Estoy enfermo de radiactividad! ¡Soy contagioso! ¡No te acerques, Margaret!

—Ella le miró, con una profunda intensidad, y él pudo ver que tenía los hermosos ojos arrasados de lágrimas.

—¡Richard!

Una triste sonrisa apareció en los labios de él.

—Tenía que ser así, Margaret…, y creo que ahora, como te previne, puedo decirte que te quiero, sin que lo tomes a mal. Porque ya ves cómo te aviso…

—¡Amor mío!

Fue un lamentó desgarrador el que salió de la garganta de la muchacha, algo que hizo que Reid comprendiese muchísimas cosas…

Y dentro de la desgracia que le separaba para siempre de

aquella muchacha, se sintió hondamente feliz, satisfecho de saberse amado por la mujer que quería casi desde que la conoció.

El ulular de la sirena de la ambulancia se dejó oír, y momentos después el vehículo se detenía junto al de Sullivan.

Dos hombres avanzaron hacia ellos.

—Apártese, por favor, señorita.

—¡Soy radiactivo!

Se detuvieron los dos hombres, con una expresión de desagradable sorpresa en el rostro; luego, al mismo tiempo, regresaron a la ambulancia, en cuya parte posterior penetraron.

Margaret miraba al muchacho.

—Te pondrás bueno, querido; ya la verás…

—Es inútil, Margaret. Entre tú y yo no puede haber engaños…

—¡No digas tonterías!

—Seamos francos, por favor, Margaret. Yo voy a morir y tú has de saberlo…

—Pero…

La llegada de los enfermeros cortó el diálogo.

Los dos hombres habían vestido unos equipos especiales, que les daban aspecto de astronautas de los primeros tiempos. Sin temor al contagio, se apoderaron del cuerpo de Richard, colocándolo en el interior del vehículo.

Margaret saltó prestamente al volante de su coche, pegándose a la ambulancia y llegando al hospital de la ciudad al mismo tiempo que ella.

Penetró tras los enfermeros, que llevaban a Richard en una camilla, marchando detrás de ellos hasta que una puerta de cristal traslúcido se interpuso ante ella.

Retrocediendo, sentóse en uno de los sillones de aquella salita.

Estaba dispuesta a no moverse de allí hasta que le dieran noticias de Reid.

¿Noticias?

Sintiendo que las lágrimas inundaban sus ojos, experimentó una sensación de desconsuelo que la penetró muy hondo, en el pecho.

—Señorita…

No había visto salir al médico que acababa de pasar por la puerta traslúcida y que ahora, la sonreía.

—Señorita…

Levantó la cabeza, sin Importarle nada que e1 otro viese su rastro cubierto por el llanto.

—¿Ha muerto? —inquirió, sobresaltada.

—No. ¿Es usted de la familia?

—No, pero es mi prometido.

—Bueno. Ha perdido el conocimiento y deseábamos saber su filiación, ya que no hemos encontrado documento alguno sobre él.

—Se llama Richard Reid.

—Bien. ¿Conoce algunos datos más?

—Muy pocos.

Y le contó lo que Reid le había dicho cuando se conocieron.

—Está muy mal, ¿verdad, doctor? —inquirió después.

—No está mal, señorita. En realidad, ha sido una sorpresa para nosotros.

—¿Sorpresa? ¿Es que le conocían?

—No me refiero a eso, sino a su dolencia. Creímos, como él mismo, que se trataba de una enfermedad radiactiva.

—¿Y… no lo es?

—No. Estoy seguro de que no es más que una alergia que, cosa curiosa, presenta una sintomatología externa que hace pensar, en cuanto se ven las manchas de la piel, en una lesión por una fuerte dosis de uranio radiactivo.

—¿Y…?

—No, señorita: es algo que no tiene mucha importancia y de lo que se restablecerá muy pronto.

—¡Gracias, Dios mío!

—Lo que ocurre es que él ha estado bajo la impresión directa de padecer una verdadera dolencia, radiactiva.

—¿Y eso es malo?

—No, pero le ha producido una fuerte conmoción mental que lo ha anonadado. La emoción de haberla encontrado a usted, como me han contado los enfermeros, ha desencadenado un rápido proceso mental que le mantendrá inconsciente durante unas horas.

Margaret suspiró.

—¡Cuánto me alegro! Ahora tengo que marcharme, pero volveré más tarde. ¿Cree que necesita algo?

—Sí. Reposo, por el momento, señorita.

Sonrieron, y ella se alejó, cruzándose, al salir del salón, con un

hombre delgado, con gafas montadas al aire, que avanzó hacia el médico, que contemplaba a la muchacha.

—¡Doctor!

—¿Sí?

—Soy el doctor Sharples.

—Usted dirá, colega.

—Pasaba por la calle cuando vi a un enfermo que se desmayó, en plena acera. Acudimos unos cuantos y pude observarle de cerca. Como desearía hacer unas declaraciones a los periódicos, ya que conozco la verdadera identidad de ese hombre…

—¿Su verdadera identidad?

—Sí.

—¿Qué quiere usted decir, doctor?

—Que ese hombre pertenece a la Spacial International Police.

—¡Ah!

—También conozco las causas que han provocado su horrible enfermedad.

El otro sonrió.

—¿Su… alergia?

—¿Su… qué?

—Su alergia, doctor, Y no se considere ofendido por haberse equivocado en un diagnóstico que también nos ha confundido a nosotros. Por fortuna, el explorador Geiger nos dio la clave casi enseguida de examinarlo.

—Entonces… ¿no padece una afección radiactiva?

—En absoluto, querido colega. Lo que ese muchacho tiene ahora, además de su alergia intrascendente, es un susto horrible del que se recuperará en cuanto despierte y sepa la verdad.

—Mu… mu… muchas gracias por todo.

—De nada, doctor. Y, ahora, por favor, perdóneme: tengo que ocuparme personalmente de él.

—Adiós.

* * *

—¿Diga?

—Soy yo, Earl.

—¿Algo nuevo?

—Sí. Hemos caído en una trampa y habrá que obrar a toda velocidad.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese agente que se nos escapó no está enfermo, y que lo de su enfermedad radiactiva es una trampa de Callowan, seguramente para que lo soltásemos.

—¿Y qué hacemos?

—Suprimirle. Ahora no tenemos más remedio, ya que al salir debió reconocer el lugar donde se encontraba.

—Pero esto…

—Sí, ya sé. Si ese hombre habla, ya podemos considerarnos perdidos.

—¡Maldición!

Y como el doctor no dijese nada:

—¡Hay que obrar, Earl! ¡Rápidamente! ¡Moviliza a todos los muchachos!

—No es necesario.

—¿Por qué?

—Porque lo haré yo.

—¿Tú? ¿Vas a matarlo tú?

—Naturalmente. Mi carnet profesional me permitirá entrar en el hospital sin despertar sospechas. Yo me encargaré de él. Y puedes estar seguro de que cuando salga del hospital, ese maldito agente ya no podrá decir nada a nadie.

—¡Ten mucho cuidado!

Earl dijo:

—Lo tendré.

Y colgó.

Luego, sentado en el despacho, reflexionó largamente, buscando el arma que mejor le convendría para el caso.

Rechazó la pistola, incluso con silenciador; tampoco le convenció el cuchillo. Finalmente, tras un rato de meditación, llegó a la conclusión de que una buena dosis de curaré solucionaría el asunto definitivamente.

Pasó al vecino laboratorio, preparándolo todo en una jeringa metálica que cabía perfectamente en el hueco de la mano. Y colocó en su interior una dosis diez veces mayor de la necesaria para matar a un Hombre.

No quería correr riesgos inútiles.

* * *

—Soy el doctor Burner, señorita —mintió, con descaro—. Creo que tengo aquí a uno de mis pacientes y, al mismo tiempo, un buen amigo.

—¿Cómo se llama, señor?

—Richard Reid.

Ella consultó las fichas.

—Sí, aquí está. Habitación 267, piso segundo, doctor.

—Muchísimas gracias.

—De nada.

Uno de los ascensores le dejó en la segunda planta, esperando allí a quedarse solo para orientarse, buscando el número 267.

Lo encontró enseguida.

El pasillo estaba desierto, y Earl sonrió, seguro de que nadie le molestaría, si es que tenía la suerte de no encontrar a alguna enfermera de guardia junto al paciente.

Pero si así era, estaba dispuesto a suprimirla, aunque se viese obligado a dejarla sin sentido de un golpe.

Lo que interesaba era que Reid no pudiera decir lo que sabía.

Esperó unos instantes más, cogiendo después el pomo de la puerta con la mano izquierda —llevaba la jeringuilla metálica en la derecha— y haciéndolo girar con toda suavidad.

¡La puerta se abrió!

Penetró, cerrándola tras si con una tensión espantosa, ya que no había lanzado ni una sola ojeada al interior.

Pero, al hacerlo, se dio cuenta de que no había enfermera alguna de guardia, aunque el lecho le llamó inmediatamente la atención, ya que estaba rodeado de una caja de cristal, lo que demostraba que el paciente estaba siendo expuesto a una fuerte oxigenoterapia.

Se acercó.

Y entonces fue cuando una sonrisa de triunfo entreabrió sus delgados labios, al ver el letrero que había sido colocado sobre la caja de cristal:

«¡ATENCION! ENFERMO MUY RADIACTIVO. NO ACERCARSE SIN EL TRAJE ESPECIAL»

¡Así que habían querido engañarle!

Pensándolo bien, era lógico que hubiesen obrado así, ya que Callowan le interesaba ocultar el horrible fracaso que significaría para él el haber mandado a uno de sus agentes en condiciones imperfectas, causándole la peor de las muertes.

Era una negligencia que, después del rotundo chasco del caso del robo de las joyas en el «Spacius», hubiera hundido definitivamente al jefe de la Spacial International Police.

Pero lo que a él le importaba era que aquel hombre no saliese con vida de su terrible enfermedad.

Era ya inútil la inyección que había llevado, y la vació al pie de la caja de cristal que envolvía completamente el lecho.

Luego miró a Richard.

Estaba dormido profundamente, pero su respiración no era nada normal, lo que significaba lo poco que iba a servirle la oxigenoterapia que le estaban practicando.

¡Pobre diablo!

El médico se dirigió hacia la puerta, dispuesto a salir del hospital, para comunicar la buena noticia al jefe, cuando aquélla se abrió, dando paso a un hombre alto, con bata blanca y una gasa sobre el rostro, a guisa de mascarilla.

—¿En? —interpeló el recién llegado.

—Soy el doctor Burner.

—¿Y qué hace usted aquí? No le conozco.

—Este enfermo era uno de mis mejores clientes. Me enteré de lo que había sucedido y vine a verle, con la esperanza de hacer algo por él; pero por lo que he visto…

—No tiene solución.

—Es una lástima.

Hubo una pausa; luego, el recién llegado invitó:

—¡Pero quédese usted, doctor! Ya que fue un antiguo enfermo suyo, me interesaría preguntarle algunos detalles.

—Tengo prisa y…

—Sólo es un momento.

El médico del hospital brindó un asiento al otro, sentándose a su

vez frente a él.

—Verá usted, doctor Sharples.

—¿Eh? ¡Yo me llamo Burner!

—Es igual, doctor. Burner o Sharples. El caso es que este enfermo, que nos asustó al principio, está completamente restablecido.

—¿Eh?

—Lo que oye.

—¡Pero si no es posible! ¿Y ese letrero?

Sonriendo, el otro, arrancó el letrero, dando, al mismo tiempo, unos golpecitos en el cristal.

—¡Eh, Richard! ¡Ya puedes levantarte! ¡La comedia ha terminado!

Earl, comprendiendo lo que ocurría, se lanzó como una furia hacia la puerta.

Pero el otro doctor no dormía.

Una hábil zancadilla y el médico cayó de bruces, golpeándose rudamente contra el suelo.

—¡Ay! —exclamó.

—No te quejes, granuja. Mucho más sufrirás cuando entres en la cámara electrónica.

Entonces, Earl se incorporó a medias, mostrando la sangre que brotaba de su mano izquierda.

Y con una sonrisa de triunfo gritó:

—¡No iré a la cámara, maldito! Había poco en la jeringa, pero sí el suficiente curare para dejar de vivir dentro de poco.

El médico del hospital se quitó la mascarilla, mientras Richard levantaba la tapa de su caja de cristal.

—¿Pasa algo, señor? —preguntó.

—Nada de importancia —repuso Callowan.

Capítulo X

E lo temía.

Pero en el fondo como siempre, sonrió contento de la felicidad de los demás, que compartía plenamente como lo haría un padre ante sus hijos.

Porque ¿qué eran los agentes sino hijos suyos, obedientes, sumisos y siempre dispuestos a arriesgarlo todo por una causa tan noble como la que defendía la SIP?

Alguien llamó a la puerta.

—¡Entre!

Apareció Alex Fulton, sonriente también.

—¿No ha llegado aún Richard? —inquirió Callowan.

—No, señor. Aunque no creo que tarde.

—Bien, siéntate.

El otro obedeció.

Y después de una larga pausa, Alex dijo:

—Bueno, creo que todo esto ha terminado.

—¡Y que lo digas! —replicó Callowan— Como que estoy esperando que me traigan una caja de habanos, que voy a fumarme sin parar.

—Hace bien.

—Ya lo creo. ¿Preparaste las cintas?

—Sí.

Había un tono de reproche simpático en la voz del agente. Y Donald, comprendiendo lo que le pasaba, preguntó:

—¿Estás enfadado por el cambio de misión?

—¿Puedo decir la verdad?

—Sí.

—Un poco.

—Te comprendo. El que en vez de mandarte a buscar a Richard te enviase a hacer de «escucha» tiene sus motivos, ya que cuando pensaba enviarte por él, no habíamos recibido aún señales del aparato y temía que Earl lo hubiera inutilizado.

—¿Y si se explicase usted más claramente, señor?

Donald sonrió.

—Bien. Escucha, curioso; después de que el azar, que es el mejor aliado de los policías, hiciese que Richard descubriera que permaneciendo bajo aquel armatoste de la peluquería de la astronave evitaba que cayese en aquella especie de sopor letárgico, los técnicos de la SIP montaren un casco especial, lleno de trucos y con una sorpresa para nuestros enemigos.

»Sabíamos que Reid iba a caer en sus manos, aunque no creí yo que lo matasen, después de haber asesinado a la pobre muchacha, sin saber, no obstante, que era de los nuestros, ya que la tomaron por el papel que tan bien representó: el de una aventurera sin escrúpulos.

—Entiendo.

—Pues bien: Richard iba a caer en las manos de esos bandidos. Por eso preparamos el casco para que resistiese el sopor. Pero, además, el casco llevaba una falsa caja de uranio, para engañar al doctor Sharples y hacerle creer que el muchacho se había contagiado radiactivamente.

—¿Y su… alergia?

—La provocó el mismo casco, a través del cuero cabelludo. Pero Richard no sabía nada.

—¿Por qué?

—Porque necesitábamos que se angustiase de verdad, de forma a poder engañar por completo a Earl, que en su calidad de médico podía haber descubierto la verdad por muy bien que simulase Reid.

—¿Y cómo no descubrió lo de la alergia?

—Por dos cosas: Primero, el truco estaba muy bien hecho y era dificilísimo descubrirlo, a menos de estar prevenido, como ocurría en el hospital de Venusville en el que el director había sido prevenido por mí. Y segundo: Earl, aunque médico, se había dedicado a la electrónica, y no era capaz de diagnosticar algo tan finamente preparado.

Hizo una pausa.

Después prosiguió:

—Contando con el susto que íbamos a dar al pobre Richard, teníamos garantizado el engaño de Sharples. Pero, como ya sabes, ésa no era más que la mitad de nuestro plan.

»E1 resto consistía en el casco. Era una maravilla, y estábamos casi seguros de que Earl se iba a enamorar de aquel artefacto, debido a su pasión loca por la electrónica.

»Y no nos equivocamos.

»Sharples lo colocó imprudentemente, sobre la mesa, pensando en desmontarlo cuando tuviese tiempo. Por el momento, tenía que ocuparse de muchas cosas, sobre todo del prisionero.

»Si hubiera tenido tiempo, nuestro plan se habría venido abajo ruidosamente. Pero, sin ser unos hachas en psicología, contábamos con que Richard y su falsa enfermedad radiactiva distrajesen al médico-electrónico lo suficiente para que nuestro famoso casco permaneciese unos días sobre su mesa de despacho, donde debía limitarse a acariciarle de tiempo en tiempo.

—Así debió ocurrir.

—Claro. Pero lo que Earl ignoraba es que dentro del casco nuestros especialistas habían colocado un equipo receptor-transmisor, sobre una determinada longitud de onda, que era una verdadera maravilla.

Y así pudimos ir captando; es decir, lo fuiste captando tú, desde Venusville, todo lo que el galeno hablaba con su jefe.

Ales continuó:

—Y que está grabado en cinta magnetofónica.

—Perfectamente. Cuando cogieron a Richard, esperábamos recibir la única señal que el aparato debía emitir, justo en el momento en que le quitasen la conexión con la falsa caja de uranio.

»Cuando tal cosa se produjo, demostrándonos que nuestro plan se había puesto en marcha, yo iba a enviarte, desesperado, en

busca de tu compañero. Pero entonces se recibió la dichosa señal y tu plan se torció, ya que la misión había cambiado y debías limitarte, desde Venusville, a ir captando lo que nuestro casquito emitiese… y oyese.

—¡Todo explicado!

—No. Hay otras cosas que ignoras, pues uno de nuestros equipos se está encargando ahora de terminar el asunto. Sharples habló bastante antes de morir, pero si no lo hubiera hecho, ya conocíamos la identidad de los culpables y los motivos oscuros que los empujaron a delinquir.

La entrada del conserje con la caja de habanos le interrumpió.

Y no volvió a hablar hasta haber encendido uno de ellos.

Donald dijo, satisfecho.

—¡Qué delicia! ¡Sólo yo sé lo que me cuesta, el sacrificio que supone esperar a haber resuelto un caso para fumar uno de estos deliciosos vegueros!

Y después de llenar la habitación de humo azulado con varias chupadas:

—Siempre he dicho que la ambición es el motor que lleva hacia las mayores catástrofes. Y hablo, naturalmente, de la ambición desmedida. Ya que esta dichosa ambición es como el motor de un vehículo: a buen ritmo te lleva a cualquier parte, pero si quieres hacer locuras, exigiéndole el máximo, lo más lógico es que acabes en el cementerio.

—Es cierto.

—Vamos a ver: los culpables de este caso nuestro eran ricos, riquísimos, poderosos, y tenían más de lo que necesitaban. ¿Para qué demonios ambicionaban más?

—Es una ley de vida.

—¡No! Es una ley de hombres malvados. Claro que, en este caso, el amor, estúpido, entre hermanos, fue la causa primordial.

—Explíquese.

Donald dijo:

—En seguida. Charles Wagner poseía una de las más importantes joyerías del mundo en Nueva York. Vivía bien, ganaba bastante…, pero no lo suficiente, según él. Y como además, desde el comienzo de la explotación de las minas de brillantes de Marte, el mercado empezaba a estar un poco abarrotado, Charles pensó que las cosas iban mal y, como un buen hermano mayor, fue a ver

a su hermano pequeño, John Wagner, el dueño de las líneas Venus-Tierra.

»Los dos hermanos debieron hablar durante horas. Y podemos estar seguros de la efectividad de la labia de Charles, ya que convenció a su hermano menor para que cometiese un delito que, además de delito, era un peligro económico y podía resultar un negocio ruinoso.

»Pero Charles era inteligente.

»Conocía a la gente y sabía cuál es el vicio de todos esos que no saben lo que hacer con el dinero, y que prefieren perder cualquier cosa con tal de procurarse una sensación de aventura.

»Así empezaron los robos.

»Charles conocía a un tal doctor Sharples, con el que ya había hablado, y que fue colocado como doctor en el “Spacius”. El tal Earl Sharples era, como Charles, un hombre inteligente que, para ayudar a sus jefes, preparó un dispositivo, de fácil manejo y poco costo, que hacía que el magnetismo de protección de la nave pasase al interior, sumiendo a cuantos iban en ella en una especie de sopor, del que salían incapaces de hacer nada ni de recordar nada cuando se despertaban.

»E1 aparato estaba colocado en la cabina de Sharples, perfectamente disimulado, en un compartimiento estanco, dentro de la pared, junto a un curioso y potente crisol.

—¿Un crisol?

—Sí. Pero sigamos: nuestro querido doctor esperaba el momento oportuno, se ponía un casco y un mono blanco, cogía un saco y ¡zas!, ponía su aparato en marcha, y el magnetismo penetraba en el interior, produciendo una paralización general, incluso en los relojes.

—¿Y después?

—Earl se apoderaba de las joyas, con la tranquilidad que puedes imaginarte, volvía a su camarote, las colocaba sobre el crisol y ¡paf!, destruidas.

Alex exclamó, asombrado:

—¿Eh?

—¡Naturalmente! Nadie podía venir por ellas ni tampoco podían ocultarse o sacarlas de la nave. Además, las órdenes que había recibido el doctor era de destruirlas. Después de todo, no son más que un poco de carbono, y se convierten eh cenizas como un trozo

de vulgar antracita.

—Pero…

—Déjame seguir. La desaparición de las mejores joyas de la Tierra repercutía en los excelentes surtidos de Charles, cuyas piezas subían de valor, en flecha, a medida que quedaban menos sobre el globo y los planetas conquistados. ¿Entiendes?

—Era una razón más de la ley de la oferta y la demanda. A menos diamantes, más precio y al contrario, a más abundancia, más baratura.

—¡Pero eso es absurdo!

—¿Por qué?

—Porque lo que Charles ganaba por un lado, lo pagaba el otro con su seguro.

—Amigo Alex: ya sé que no eres, como yo tampoco, un hombre de cifras. Charles era inteligente, te lo dije antes, y calculó con exactitud matemática los beneficios que se iban a obtener y los gastos que habrían de abonarse. Y, como puedo demostrártelo, los millones que pagó John no son nada comparados con lo que Charles iba a ganar al ser propietario, en exclusiva, de las pocas joyas que quedaban en el mundo.

Alex exclamó:

—¡Ahora lo comprendo!

—Lo que podía ser catastrófico para ambos hermanitos era que alguien, aprovechándose de la «buena fe» de la Compañía, pasase piedras falsas por verdaderas. Y ésa fue la cuña que yo metí al enviar a Rita al «Spacius».

—¿Se dieron cuenta?

—¡Claro que sí! El doctor conocía las piedras y las examinaba, haciendo un inventario antes de destruirlas.

—Entiendo.

—Por eso, cuando vio que las de la muchacha eran falsas se echó a temblar, ya que, aunque no comprendió la verdad, se dio cuenta de que el negocio se les venía abajo.

»Y cometieron el error de enfadarse, que era lo que yo esperaba.

»Aunque me equivoqué…

Y su voz bajó de tono.

—Yo puse un cebo precioso en el anzuelo, pero te juro, Alex, que creí que iba a recuperarlo…

—Lo creo, señor…

Venciendo la tristeza que el recuerdo de Rita le había producido, Callowan sonrió, un poco ficticiamente.

—Bueno, ¿y qué demonios hace Richard?

Fue en aquel momento cuando sonó insistentemente el teléfono.

—¿Diga?

—Aquí Richard Reid, señor.

—¡Te estoy esperando!

—¡Ya lo sé, señor! pero es que nos hemos detenido en la alcaldía.

—¿Os habéis detenido? ¿Qué significa ese plural?

—Verá usted… Margaret Sullivan está conmigo.

—¿Y dónde estáis?

—Junto a la calle Parkiton, esquina a Lewer Square.

—¡Bien! ¡Esperad unos minutos! ¡Vamos allá!

Y colgó.

Alex, extrañado, le miró.

—¿Ocurre algo, señor?

—Lo de siempre —dijo Callowan, echando mano al sombrero—. Uno más que se casa. Vamos aprisa, para llegar a tiempo a la boda. ¡Ah, se me olvidaba!

Y cogió la caja de habanos, poniéndosela bajo el brazo.



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Un viejo agente de la SIP se vio obligado a traicionar a sus propios amigos. ¿Por qué?

ASALTO AL HELIEXPRESO

Una escalofriante y audaz novela del genial escritor W. SAMPAS

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.